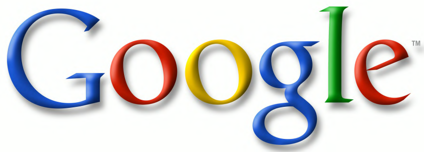
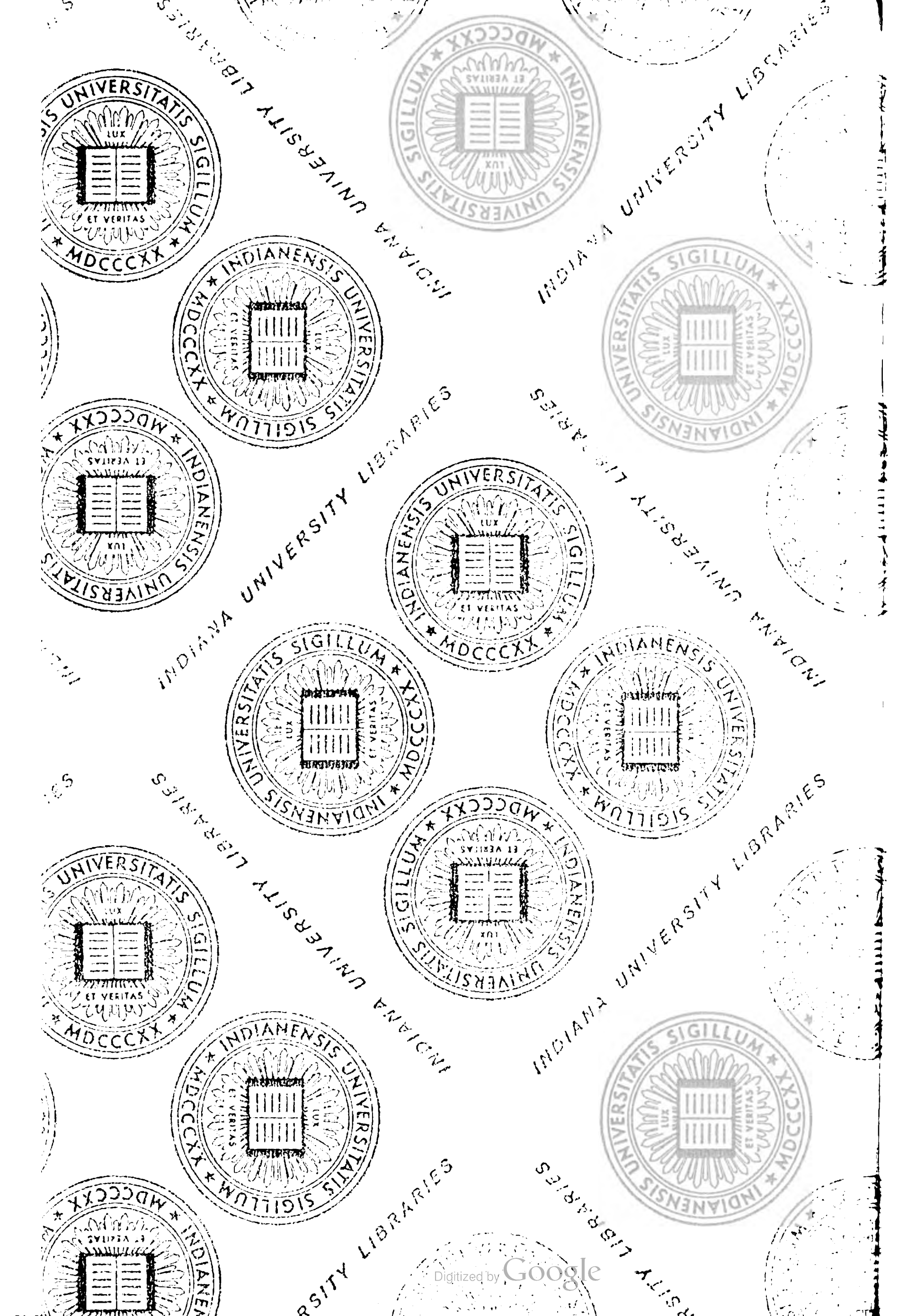

Google


INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM
MDCCCXX
LUX
ET VERITAS



APUNTES SOBRE HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

JULIÁN O. MIRANDA

APUNTES
SOBRE
HISTORIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL
DEL
URUGUAY

OBRA ADOPTADA COMO TEXTO DE HISTORIA NACIONAL
PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS

SEGUNDO CURSO

NOVENA EDICIÓN
REVISADA Y AUMENTADA
CONSIDERABLEMENTE

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR
LIBRERÍA NACIONAL
1912

TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
CALLE BARTOLOMÉ MITRE. NÚMERO 61

APUNTES

SOBRE

HISTORIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

CAPÍTULO I

SUMARIO: 1. Descomposición del régimen colonial.—2. Liniers y Elío.—3. El Cabildo abierto de 1808.—4. El 1.º de enero de 1809 en Buenos Aires.—5. El último Virrey.—6. El movimiento de Mayo

1. — Las invasiones inglesas al Río de la Plata, ejercieron una influencia contraria á los intereses de España, pues demostraron acabadamente las deficiencias de su poder militar; la mala organización comercial que había establecido y la inconveniencia de la administración política que regía en las colonias ríoplatenses.

Como poder militar se había visto que las tropas españolas, por su reducido número, no habrían podido rechazar á los ingleses; y que sólo con el concurso poderoso de los nativos fué que triunfaron de los invasores.

En cuanto al sistema comercial, los ingleses pusieron de manifiesto, con la variedad de mercaderías que introdujeron, la baratura de los precios y las franquicias que dieron para la salida de los frutos del país, lo grande que hubiera sido la riqueza de estos pueblos si sus puertos hubieran estado abiertos libremente al comercio de las demás naciones del mundo.

En lo relativo á la organización política, la propaganda de los ingleses exteriorizada en las publicaciones de *La Estrella del Sud*, demostró á los ríoplatenses los inconvenientes é injusticias del sistema político implantado por los españoles.

Las invasiones inglesas señalaron el principio de una nueva vida para estos países, empezando con ellas la descomposición del régimen colonial, según la frase de un autor contemporáneo.

Hasta entonces las colonias ríoplatenses habían acatado la autoridad de los virreyes, representantes del Soberano español, en cuyo nombre mandaban.

Las invasiones inglesas obligaron á los pueblos, por la incapacidad manifiesta del Virrey, á desconocer esa autoridad, á deponer al mandatario y á nombrarle sucesor.

Por otra parte, el progreso intelectual de los elementos americanos, que se acentuaba considerablemente en ambas márgenes del Plata; la introducción de nuevos libros efectuada por los nativos que venían de Europa, y la propagación de nuevas ideas y principios institucionales que habían atravesado los mares á despecho de las autoridades metropolitanas, — contribuían poderosamente á que la corriente contraria á los intereses españoles, hiciese camino en los países ríoplatenses, y, partiendo de las esferas superiores de la juventud intelectual, fuera introduciéndose rápidamente en las filas populares, y extendiéndose al mismo tiempo de las ciudades á las campañas, originando así una potente fuerza de reacción contra las instituciones españolas

establecidas; fuerza de reacción que debía dar por resultado la emancipación absoluta de estos países.

2. — Restablecido el poder de España en el Río de la Plata, por el esfuerzo combinado de peninsulares y nativos, Santiago Liniers, el reconquistador de Buenos Aires, fué nombrado Virrey en mayo de 1808, y Francisco Javier de Elío, Gobernador de Montevideo.

Era éste un militar de carácter severo, activo y audaz, cuyo ideal era conservar íntegros y sumisos al Rey de España los dominios americanos.

Graves sucesos acaecidos en Europa y que tendrían gran resonancia en el Río de la Plata, pondrían pronto frente á frente á estos dos personajes: el primero conservando una actitud sospechosa para los españoles, el segundo defendiendo los intereses, para él indiscutibles, de su patria.

Napoleón se había apoderado del trono de España, desalojando de él á Carlos IV que era el monarca reinante, y á Fernando VII, su hijo, que le había de suceder.

El pueblo español se levantó en armas

contra los franceses, y una Junta de Gobierno establecida en Sevilla, mandó que las posesiones americanas reconocieran la autoridad de Fernando VII y le juraran fidelidad y obediencia.

Montevideo, donde gobernaba Elío, se apresuró á reconocer y jurar al nuevo monarca; mientras en Buenos Aires, Liniers, sospechado por los españoles como *afrancesado*, teniendo en cuenta su nacionalidad de origen, demoraba aquel reconocimiento, por no saber á ciencia cierta quién era en aquella época rey de España: si Carlos IV ó Fernando VII, — y creyendo, sin duda, á la vez, que las armas napoleónicas dominarían en breve plazo la Península.

Esta diversidad de actitudes produjo el rompimiento entre el Virrey y el Gobernador de Montevideo, hecho que, — al decir de un historiador, — fué el punto inicial de la independencia del Uruguay y de la revolución sudamericana.

Elío y el Cabildo de Montevideo, en oposición con el Gobierno de Buenos Aires, que mandaba suspender el reconocimiento de Fernando VII, no sólo lo hicieron jurar

por las autoridades y el pueblo, sino también declararon la guerra á Napoleón *y á sus partidarios;* resolviendo así la cuestión que agitaba á los pueblos del Plata en aquellos momentos, y asumiendo una actitud independiente de la autoridad del Virrey.

Este suceso se verificó el 6 de setiembre de 1808 y causó honda sensación en la capital del virreinato.

Liniers, al tener conocimiento de los sucesos de Montevideo, ordenó á Elío que se presentara en la capital á dar cuenta de su conducta, y nombró para el cargo de Gobernador á Juan Angel Michelena, quien desembarcó en Montevideo con el encargo de hacerse reconocer por la fuerza armada y apoderarse de Elío.

Fracasado su primer objeto, pues los jefes de las tropas se negaron á reconocerlo, se dirigió Michelena al Fuerte de Gobierno, intimando personalmente á Elío la entrega del mando. Negándose éste á hacerlo, se encaminó Michelena al Cabildo con objeto de conseguir de la autoridad municipal lo que no había obtenido de las tropas y de Elío, mientras el pueblo avisado

de los sucesos, se agolpó á las puertas del Cabildo, pidiendo á Elío por Gobernador y la convocatoria de un *Cabildo abierto.*

3. — Se prometió al pueblo que tendría Cabildo abierto para el día siguiente, 21 de septiembre de 1808, en que la población agitada invadía la plaza y el edificio en que se verificaría la reunión.

En la mañana del 21 se reunieron los cabildantes, en unión con los jefes de la fuerza pública y algunos vecinos respetables elegidos por el pueblo, constituyéndose el Cabildo abierto.

Después de prolongada discusión, se resolvió que *debía obedecerse pero no cumplirse*, la orden de Liniers, fórmula con la que se suspendía la resolución de la autoridad superior; pero el pueblo no se contentó con esto y empezó á pedir á gritos: *Junta! Junta como en España!*

Retirado el pueblo, se volvió á abrir la sesión y se acordó por último, instituir una *Junta de Gobierno*, presidida por Elío.

El mismo día la Junta se trasladó al Fuerte, donde se instaló, y fué reconocida

por las fuerzas de la guarnición y demás autoridades locales.

La Junta de Montevideo fué el primer paso dado hacia la emancipación de las colonias americanas y el movimiento precursor del de Mayo, aunque sus autores, partidarios del antiguo régimen, no se dieron cuenta inmediata de la medida que adoptaban y de sus resultados en lo futuro.

Además de la importancia política que tuvo la instalación de la Junta de Gobierno de Montevideo, independiente de Buenos Aires, tuvo también trascendencia desde el punto de vista económico, pues, rompiendo con los prejuicios entonces dominantes, decretó el comercio libre con los ingleses, provocando, de ese modo, una poderosa corriente comercial de resultados halagüeños para el bienestar del Uruguay.

4. — La revolución operada en Montevideo causó el asombro consiguiente en Buenos Aires y el grupo político, principalmente español, que dirigía el Alcalde Martín Álzaga (personaje enriquecido, ambicioso y audaz) empezó á trabajar para deshacerse del *francés* Liniers y crear una

Junta de Gobierno, análoga á la que funcionaba en Montevideo, y presidida por el inquieto Alcalde.

El 1.º de enero de 1809, con motivo de la elección de nuevo Cabildo en aquella capital, dicho partido, contrario al Virrey, trató de separarlo del mando. Ya había obtenido la renuncia de Liniers, cuando las tropas afectas á éste, se presentaron en la plaza, y apoyaron su autoridad.

La renuncia fué hecha pedazos, y el Virrey aclamado por las tropas y el elemento nativo, ordenó la disolución de los cuerpos españoles, complicados en el movimiento, quedando desde ese momento la fuerza pública en poder exclusivo de los partidarios de Liniers.

5. — En julio siguiente se presentó en Montevideo don Baltasar Hidalgo de Cisneros, nombrado Virrey de las provincias platenses y siendo reconocido en su alto cargo, confirmó á Elío como Gobernador; trasladóse en seguida á la Colonia, donde lo visitó Liniers, á quien debía reemplazar, y se encaminó á la capital del virreynato, asumiendo el mando supremo.

6. — Mientras estos sucesos se producían en el Río de la Plata, Napoleón había invadido y dominado completamente la península española, desapareciendo, en consecuencia, la autoridad que había conferido el mando á Cisneros.

Al hacerse público este acontecimiento, en mayo de 1810, el pueblo de Buenos Aires apoyado por los cuerpos de la guarnición, pidió la cesación del Virrey y la convocatoria de un Cabildo abierto, para decidir sobre los futuros destinos del virreinato.

El 22 de mayo tuvo lugar dicha asamblea, á la que concurrieron especialmente invitados por el Cabildo, unos doscientos cincuenta vecinos, criollos y españoles.

El Cabildo abierto, después de una sesión laboriosísima, que se prolongó desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche, resolvió declarar caducada la autoridad del Virrey, y que el Cabildo ordinario (compuesto por mitad de criollos y españoles) asumiera el mando en tanto se nombraba una Junta de Gobierno, con carácter provisorio.

El 23 el Cabildo ordinario, de acuerdo

con la opinión pública y con el voto del Cabildo abierto del día anterior, declaró que la autoridad del Virrey había caducado, y erigió, en consecuencia, una Junta de Gobierno.

Esta, que estaba formada, por un militar, un abogado, un sacerdote y un comerciante, — bajo la presidencia del propio Virrey Cisneros que conservaba el mando de las armas, se instaló solemnemente el día 24 de mayo, jurando fidelidad al Rey Fernado VII.

Esta solución del conflicto político, con la que estuvieron de acuerdo las cabezas más conspicuas del partido criollo bonaerense, no agradó, sin embargo, al grupo verdaderamente popular y revolucionario, que deseaba la cesación total de Cisneros en el mando de las armas.

Fué así que el 25 de mayo se produjo un alarmante movimiento de elementos populares hacia la plaza de la Victoria, frente al Cabildo,—intimando, por intermedio de sus improvisados caudillos, la disolución de la Junta instalada el día anterior y la creación de otra compuesta de siete miem-

bros y dos secretarios, cuyos nombres fueron pasados al Cabildo para que procediera á su nombramiento.

El Cabildo trató de resistir á esas pretensiones radicales, pero ante la actitud amenazadora de los grupos de pueblo que se agitaban bajo sus balcones, llenando además los corredores de la casa capitular, el Ayuntamiento se vió obligado á ceder, sabiendo que aquellos grupos populares contaban con el apoyo de los batallones acuartelados.

En consecuencia nombró una nueva Junta de Gobierno, compuesta por los elementos indicados por el pueblo reunido en la Plaza; Junta que el mismo día 25 de mayo prestó juramento de gobernar á nombre de Fernando VII, hasta la reunión de un Congreso formado por diputados de todas las provincias del antiguo virreinato.

La Junta estaba compuesta por cinco criollos (Cornelio Saavedra, presidente; Miguel Ascuénaga, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Manuel Alberti) y dos españoles (Domingo Mateu y Juan Larrea). Actuaban como secretarios ó Ministros de

Estado, dos abogados criollos: Mariano Moreno y Juan José Passo.

Constituída la nueva autoridad revolucionaria, acordó enviar expediciones militares á las provincias, para promover movimientos de opinión en su favor.

Belgrano, investido con el cargo de general, marchó al Paraguay, donde fracasó, pues los paraguayos afectos al antiguo régimen, lo recibieron en actitud hostil, y lo derrotaron en sangrientos combates.

Ortiz de Ocampo, otro jefe bonaerense, fué enviado á Córdoba, y tomó prisioneros á Liniers y varios jefes realistas que se habían pronunciado en contra de la Junta. Los prisioneros fueron fusilados por orden de Castelli, representante de la autoridad central, en el paraje denominado Monte de los Papagallos. Con este acto violento se ahogó la reacción española en las provincias del interior.

Belgrano, que también había sido nombrado jefe superior de las tropas que debían operar en la Banda Oriental en combinación con Artigas, — quien como vere-

mos en el capítulo siguiente, encabezó la insurrección en esta margen del Plata, — fué encausado para responder de su conducta en la campaña al Paraguay, siendo reemplazado por Rondeau.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Las ideas revolucionarias en la Banda Oriental. — 2. DON JOSÉ ARTIGAS.

1. — Las invasiones inglesas habían dado á los pueblos del Plata la conciencia de su poder, como ya se ha visto, y las ideas de libertad que se habían generalizado entre los hijos de esta tierra, unidas á los sucesos que tenían por teatro la madre patria, debían precipitar la revolución que estaba cercana.

Montevideo había mandado sus mejores soldados y su juventud más brillante á reconquistar la capital del virreinato, y se batía más tarde dentro de sus murallas y en los campos del Cardal, en defensa de su rey y de sus creencias.

En su célebre Cabildo abierto del 21 de septiembre de 1808, fundando en América la primera Junta de Gobierno, para hacer valer sus derechos ante el poder centralista de la metrópoli argentina, rompía el primer

eslabón de la cadena que la unía á los destinos de Buenos Aires, y las primeras chispas del incendio revolucionario, que en breve se extendería por todas las colonias españolas, hallaron el terreno preparado entre los patriotas que en esta margen del Plata alimentaban ideas de libertad é independencia; así es que, á la vez que en Buenos Aires se hacían los primeros trabajos para cambiar el régimen gubernativo, los habitantes de la Banda Oriental trabajaban también por conseguir idéntico resultado, y al producirse el movimiento del 25 de mayo de 1810, algunos pueblos como los de Belén y Maldonado, se adherían á él.

Sofocado el pronunciamiento en la campaña oriental, no por eso desmayaron los patriotas, y continuaron con empeño sus trabajos en pro de la idea que perseguían.

El capitán José Artigas, (1) oficial distinguido del cuerpo veterano de Blanden-

(1) Como se observará en el curso de este libro, al nombrar al primer jefe de los orientales sólo le llamamos *José Artigas*, pues en ningún documento de su época se le llamó José Gervasio, como algunos lo designan, aunque éstos fueran sus nombres de bautismo. Firmaba siempre *José Artigas;* así lo llamaban sus contemporáneos y con ese nombre, que inmortalizó en la historia de la revolución americana, debe pasar á la posteridad.

gues, indicado por todos como el futuro caudillo, abandonó el servicio de España y se presentó en Buenos Aires en demanda de auxilios para su empresa, ofreciendo « llevar el estandarte de la libertad hasta las murallas de Montevideo. » (1)

2. — José Artigas nació en Montevideo el 19 de junio de 1764. Era hijo del rico hacendado Martín José Artigas, y nieto del capitán de caballería Juan Antonio Artigas, uno de los primeros pobladores de dicha ciudad, y fundador de la familia, que ocupó siempre en ella una distinguida posición social.

Artigas pasó sus primeros años en Montevideo, adquiriendo la instrucción que en aquella época recibían los jóvenes de su clase en el convento de San Francisco, y que él completó más adelante con sus continuas lecturas.

Años después, solía ir de paseo á las estancias de su padre, que administraban sus dos hermanos mayores, Manuel Francisco y

(1) Palabras de Artigas tomadas de una nota suya á la Junta del Paraguay.

Cirilo haciendo frecuentes visitas á los hacendados con que estaba relacionada su familia, y acabando por tomar afición á las tareas del campo.

Á ellas se dedicó durante algún tiempo, adquiriendo, con motivo de sus ocupaciones, numerosas amistades entre lo más selecto del vecindario de la campaña, y siendo mirado con respetuosa simpatía por los paisanos, á causa de su carácter, que era afable y cariñoso, aunque él tenía plena conciencia de su superioridad intelectual y moral.

De ese modo empezó á conquistar aquel inmenso prestigio que más tarde debía asombrar á los enemigos de nuestra patria, cuando lo vieron acaudillar durante diez años á los pueblos de esta parte del Sur del Continente, en la lucha por la independencia y la libertad.

Al terminar el siglo XVIII, la campaña oriental se hallaba infestada de partidas portuguesas de contrabandistas y salteadores, y de algunos grupos sueltos de indios, que tenían en continua alarma á los estancieros, cuyos establecimientos de

campo eran robados é incendiados impunemente, y cuyas vidas estaban perpetuamente amenazadas.

En esa situación, el Cuerpo de Hacendados del Río de la Plata volvió sus ojos al Virrey Sobremonte pidiendo el nombramiento del entonces teniente de Blandengues don José Artigas, encargándolo de restablecer el orden en la campaña.

Artigas, sintiendo inclinación por la milicia, había ingresado hacía algún tiempo en aquel cuerpo que contaba en sus filas á los oficiales más bizarros y distinguidos de la Provincia, y mereció, por sus aptitudes militares, ser ascendido al puesto que ocupaba cuando el gobierno lo designó, á pedido de los estancieros, para mandar la columna de soldados que debía salir á campaña en persecución de los bandoleros.

El teniente Artigas correspondió á la confianza que en él se depositaba, y desempeñó esa peligrosa comisión con tanto valor, inteligencia y constancia, que, según las textuales palabras de los mismos hacendados que solicitaron sus servicios, « experimentaron en breve tiempo los buenos

efectos á que aspiraban, viendo sustituída la timidez y el sobresalto, por la quietud de espíritu y la seguridad de sus haciendas.»

Así se iniciaba en el mando en jefe aquel brillante oficial, que llegaría á ser con el andar del tiempo, el prestigioso caudillo que salvara en Las Piedras la independencia de casi todo un continente, siendo el primer general americano que abatiera en el Río de la Plata el poder de las armas españolas, — como llegaría á ser también, el hábil militar y el patriota inquebrantable que dirigiera durante más de cuatro años, aquella admirable y grandiosa resistencia de 1816 á 1820, sin ejemplo en los anales americanos, oponiendo al ejército más poderoso que hubiera pisado la América, algunos miles de soldados heroicos, mal armados, pero que eran, como su jefe, entusiastas adoradores de la independencia de su patria y del sistema republicano.

Las invasiones inglesas encontraron á Artigas ocupando el puesto de ayudante mayor de Blandengues, y con ese grado concurrió á la Reconquista, encargado por

su jefe y amigo, el general Ruiz Huidobro, de conducir el parte de la victoria, — batiéndose contra los ingleses en Buenos Aires, con aquella bravura y serenidad de que debía dar tantas pruebas en su ruda carrera militar, — como se batió igualmente á la vista y dentro de las murallas de Montevideo, con su bizarro cuerpo, el regimiento de Blandengues, en la heroica defensa de esa ciudad.

Las ideas revolucionarias proclamadas por el general Francisco Miranda, el precursor de la independencia de la América española, habían encontrado en Artigas un entusiasta partidario, coincidiendo ambos en la aspiración de hacer surgir en este continente un nuevo mundo republicano.

Ya en la época en que Artigas se ocupaba en los trabajos de campo había armado al paisanaje con lanzas de media luna, con que entonces desjarretaban á los animales. — « Estas medias lunas servirán para armar á los paisanos y defender la patria », — decía Artigas. — Tenía la visión clara del porvenir. — ¡Con esas mismas lanzas debía desjarretar al valeroso león español!

Después del movimiento de mayo en Buenos Aires, — reflejo del movimiento de Montevideo de 21 de septiembre de 1808,— Artigas, ascendido ya á capitán, fué destinado con su compañía á la guarnición de la Colonia, bajo la autoridad superior del brigadier Muesas.

En la Colonia hacía trabajos para sublevar la guarnición, pero al ser descubierto tuvo que huir, encontrando refugio en la costa del arroyo San Juan, en casa de un hacendado criollo.

Desde allí se dirigió hacia el río Negro, acompañado por el teniente Rafael Hortiguera y el doctor Enrique Peña, Cura de la Colonia, apalabrándose durante el viaje con los vecinos patriotas, dándoles sus instrucciones para la próxima revolución que ya no debía retardarse por más tiempo, hablándoles, en su lenguaje pintoresco y elocuente, de la libertad que iban á conseguir y de la independencia por la que iban á luchar.

El hombre extraordinario que así contaba con las voluntades y con los brazos de todos los orientales, y que estaba des-

tinado á ocupar durante diez borrascosos años la preeminencia política y militar en todo el sur del continente, estaba, en la época á que hemos llegado, á punto de contar medio siglo de existencia.

Era de estatura regular, de cuerpo robusto, aunque algo delgado, y de presencia varonil y simpática. Su fisonomía era abierta, franca y hasta jovial; y tenía un rostro de blanca epidermis, algo tostada por los rigores de la vida del campo.

Su cabeza, de formas correctas, estaba poblada por una cabellera color castaño claro; y sus ojos eran azul oscuro, de mirada altiva, penetrante y escudriñadora Su nariz, aguileña, tenía una curvatura perfecta, y daba á su rostro una expresión enérgica. Una boca de labios delgados, completaba aquellas facciones, que, según un historiador argentino, correspondían al mejor tipo de la raza caucásica.

Vestía lo más bien posible, usando generalmente una chaquetilla militar ajustada al cuerpo, chaleco de raso, pantalón y bota.

Cuando salía á campaña, añadía á su

traje el poncho, usado hasta ahora en nuestro país por la gente del campo.

Para las reuniones familiares, durante su estadía en Montevideo, cambiaba su traje militar por el frac, que era entonces de uso general, en las ciudades de este país.

Escribía en un lenguaje florido, pero enérgico, lleno de frases brillantes y profundas.

Cuando hablaba, su voz era severa, aunque dulce, y sus modales corteses y distinguidos.

El escritor inglés Robertson en su obra titulada «Cartas sobre el Paraguay» completa el retrato del general Artigas, relatando la visita que le hizo en 1815 en su cuartel general de Purificación, con los interesantes datos que transcribimos en seguida:

«El Protector, dice, estaba dictando á dos secretarios, rodeado de su estado mayor, mientras en la puerta de su alojamiento se estacionaban los sudorosos caballos de los correos que llegaban cada media hora, y los de refresco en que de continuo retornaban soldados, ayudantes de campo

y exploradores. — Todo se dirigía á «Su Excelencia el Protector» y Su Excelencia despachaba los diversos asuntos que llegaban á su conocimiento, con la calma ó deliberada pero no interrumpida meditación que encierra la verdad de este axioma: «Procede despacio que estoy de prisa».

»Yo pensaba, — sigue diciendo el autor citado,—que si todos los negocios del mundo estuvieran sobre sus hombros no procedería de diferente modo. Parecía un hombre enemigo de bullicio, y era, á este singular respecto, igual al gran Capitán del Siglo.

»Al recibir mi carta de introducción, Su Excelencia se levantó de su asiento y me recibió no solamente con cordialidad, sino, lo que me sorprendió más, con maneras caballerescas y verdadera cortesía».

Un enviado del gobierno norteamericano, en 1818, afirmaba en la relación que presentó sobre la política ríoplatense, que Artigas era un hombre de excepcionales y poco comunes talentos; y un diputado, en el Congreso de los Estados Unidos, dijo, en la misma época, de acuerdo con los datos verídicos que poseía, que el Jefe de los Orien-

tales, era un hombre de gran penetración y de vigorosa inteligencia.

Y estas opiniones favorables, que se hacían sentir en el exterior, eran las mismas que tenían sus contemporáneos, y que han dejado expresadas en libros y en escritos, á despecho de los enemigos del Libertador, empeñados, vanamente, en empequeñecer su colosal figura.

«Sus hechos están ahí, solemnes y elocuentes, resonando para siempre en la historia. Ellos demuestran la superioridad intelectual del patricio, su potencia de espíritu, su inmensidad de pensamiento.» (1)

Es justo, pues, enaltecer y glorificar la memoria de quien, como dijo el poeta (2) *fué el primero en el tiempo, en el pensamiento y en la gloria*, y al que el pueblo oriental ha coronado con el merecido título de PADRE DE LA PATRIA.

---

(1) Héctor Miranda.—*Las instrucciones del año XIII.*
(2) Juan Zorrilla de San Martín.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. El Grito de Asencio. — 2. Pronunciamiento del país. — 3. Primeros triunfos de los patriotas en el Colla, Paso del Rey y San José.

1. — En cumplimiento de las instrucciones de Artigas, se reunieron en el paso de Denis del arroyo Asencio (en el actual departamento de Soriano) Pedro José Viera, hacendado del distrito de la Capilla Nueva, y Venancio Benavídez, antiguo cabo de milicias, seguidos de un centenar de paisanos, y, en la mañana del 28 de febrero de 1811, daban el grito de guerra contra el dominio español.

Se componía la primera milicia revolucionaria, de representantes de todas las razas que poblaban el territorio oriental: criollos, hijos de europeos pero nacidos en este suelo, de pujante brazo y aliento varonil y soberbio; indígenas bravíos, descendientes de los aborígenes orientales que habían combatido durante tres siglos la

dominación española; y algunos negros esclavos que, al alistarse en las filas patriotas, buscaban el reconocimiento de sus derechos de hombres, olvidados por tanto tiempo.

La voz de los caudillos resonaba vibrante de entusiasmo en aquella mañana de febrero, aurora de nuestra independencia, hablando de patria y de libertad, y sus palabras corrían por las filas, estremeciendo los corazones y alentando los brazos para no desmayar en la empresa que iban á emprender.

Iniciado el movimiento, el grupo revolucionario se dirigió á Mercedes, apoderándose de esa población el mismo día; siendo secundado en esa operación por el capitán de blandengues Román Fernández que al frente de un destacamento de tropa se pronunció por la patria, asumiendo el mando en jefe y nombrando como su segundo á Pedro José Viera.

Desde Mercedes se movió la columna, dirigiéndose á la villa de Soriano, donde rindió á la guarnición, y rechazó triunfal-

mente un desembarco intentado por una flotilla española; quedando, en consecuencia, en poder de la revolución, las poblaciones más importantes de aquella zona.

2. — El Grito de Asencio halló eco simpático en todo el territorio oriental. En el distrito de Soriano se adhirieron á él, Celedonio Escalada, Francisco Haedo y otros vecinos influyentes.

En Paysandú el capitán Jorge Pacheco, antiguo jefe de policía de la campaña y Francisco Bicudo, que, dos años más tarde había de escribir con su sangre en aquella misma ciudad, la primera página de gloria de la resistencia al poder lusitano.

En Maldonado y Minas daban el grito de libertad Manuel Francisco Artigas, Paulino Pimienta, Ventura Alegre, Juan Antonio Lavalleja y otros ciudadanos, apoderándose de la ciudad y tomando prisionera la guarnición española.

En Canelones, el rico hacendado Tomás García de Zúñiga y el capitán Pedro Celestino Bauzá.

En el Pantanoso, Fernando Otorgués,

administrador de la estancia del Rey, y tan famoso después como jefe artiguista. (1)

En San José se pronunció por la revolución, Juan Francisco Vázquez, seguido de numerosos voluntarios. En las nacientes

(1) Fernando Otorgués, sobre cuya personalidad tanto se ha escrito y dicho, administraba la estancia del Rey, en el Pantanoso, antes de la revolución. Era de color blanco, rubio y de ojos azules. Pertenecía á una honrada familia, radicada en el Pantanoso. Alistado en las filas del general Artigas, de quien era primo, abrazó con entusiasmo la causa de la patria. Vencedor del barón de Holemberg en el Espinillo, no sólo trató á éste con toda clase de consideraciones, sino también á todos los oficiales y soldados que cayeron prisioneros en esa jornada. Destacado por Artigas hacia el nordeste de la República, durante la invasión de 1816, destrozó la vanguardia de Silveira en Pablo Páez, y se retiró más tarde ante fuerzas superiores, disputando palmo á palmo el terreno al invasor y encerrando al poderoso ejército de aquel jefe portugués en los potreros de Casupá. Prisionero de los portugueses en 1818, permaneció en duro cautiverio hasta terminar la guerra. En 1825, al anunciarse la cruzada de los Treinta y Tres, fué tomado preso por orden de Lecor y enviado con otros patriotas á la *Isla das Cobras*, donde permaneció, sufriendo penalidades, hasta la conclusión de la lucha por la Independencia. En la tristemente famosa prisión brasilera, contrajo una enfermedad que lo condujo en breve tiempo al sepulcro.

Dos historiadores contemporáneos suyos (Larrañaga y Guerra) se expresan de él en estos términos: «Otorgués, por más que no faltará quién lo describa con otros coloridos, es hombre sencillo é inclinado al bien, dócil, generoso y buen amigo. Nació de padres pobres, aunque honrados, y por eso no consiguió una cultura correspondiente á sus talentos nada comunes, porque tiene previsión y con facilidad se impone de cualquier negocio. Su natural candor le hace susceptible de dejarse guiar por personas peligrosas, pero si consiguiese á su lado algún bien intencionado director, procedería siempre con rectitud en todos respectos.»

Su corta estadía en la Gobernación de Montevideo en 1815, ha esparcido sombras sobre su nombre; toca á la posteridad apreciar si son ó no justos los cargos que le han hecho sus enemigos.

del Santa Lucía y Casupá, sublevaban los vecindarios el capitán Manuel Artigas, ayudante de Belgrano en su reciente campaña del Paraguay, destinado á morir gloriosamente por la patria en el asalto de San José; y Joaquín Suárez, quien, con el correr del tiempo, sería una figura descollante por su honradez y su civismo.

Tacuarembó respondió al movimiento, acaudillado por Baltasar Ojeda y otros; el distrito de Lunarejo, por el capitán Blas Basualdo; Félix y Fructuoso Rivera se levantaron en armas en las costas del Yi, seguidos por importantes grupos.

En la Florida, el cura párroco Santiago Figueredo se asoció á la empresa revolucionaria, como lo había hecho en Canelones el presbítero Valentín Gómez.

Julián Laguna, futuro general de la República, y el teniente Francisco Redruello se pronunciaron en Belén; Marcos y Baltasar Vargas, en el Arroyo Grande; y en Cerro Largo, Francisco Delgado.

« Por estos medios, quedó el Uruguay sublevado contra la autoridad española, desde el mísero lugarejo de Belén, último

punto donde la civilización tenía un centro urbano, hasta las chacras del Pantanoso en cuyas cercanías se erguía Montevideo, albergue del poder central y de la fuerza. El movimiento fué tan espontáneo como unánime: un mes bastó para que se realizara. Ni una gota de sangre se derramó. Todo fué noble en esta circunstancia: la espontaneidad de acción, la generosidad de procedimientos y el interés patriótico. Hombres de todas procedencias sociales se encontraron prestigiando una misma causa: al lado del rico propietario formó el labriego, al lado del sacerdote, el gaucho desvalido. Ni la nacionalidad de origen fué un obstáculo á la expansión de los deseos populares, desde que algunos de los caudillos insurreccionales habían nacido en tierra extraña. Era un pueblo, en su representación más genuina, quien aparecía en escena para reclamar sus derechos y fundar su libertad.»

El 9 de abril de 1811 desembarcaba Artigas en la costa de la Calera de las Huérfanas, departamento de la Colonia, siendo aclamado, por las huestes en armas,

como primer jefe de los orientales, — y empezaba la campaña, que en poco tiempo daría por resultado la gloriosa batalla de Las Piedras y el predominio de los patriotas en casi todo el territorio.

La Junta de Buenos Aires, que conocía el inmenso prestigio de Artigas en la campaña oriental, lo había recibido con demostraciones de verdadero júbilo, cuando abandonando el ejército de España, se presentó en aquella ciudad. (1)

Investido por la Junta con el título de teniente coronel de Blandengues, puso ésta á sus órdenes dos compañías del regimiento de Patricios, al mando inmediato de los capitanes Benito Álvarez y Ventura Vázquez, y con esa fuerza había desembarcado.

(1) Mariano Moreno, el famoso Secretario de la Junta Revolucionaria del 25 de mayo de 1810, recomendaba á Artigas como una de las personas sindicadas para sublevar la campaña oriental. Así, decía en uno de los capítulos de su Plan de las operaciones para consolidar la grande obra de la libertad é independencia: «Sería muy del caso atraerse á dos sujetos por cualquier interés y promesas, así como por sus conocimientos, que nos consta son muy extensos en la campaña, *como por sus talentos, opinion, concepto y respeto:* como son *los del capitán de dragones don José Rondeau y los del capitán de blandengues* DON JOSÉ ARTIGAS.» Y más adelante indicaba á Artigas como necesario para el mando en jefe de la caballería patriota. (Véase escritos de Mariano Moreno, ed. del Ateneo de Buenos Aires, página 489).

La insurrección oriental venía á salvar á la Junta de la crítica situación en que se encontraba, después de la derrota de su ejército en el Paraguay, y ante la amenaza de las tropas españolas existentes en el Alto Perú y en Montevideo.

Realizado de una manera tan rápida y general el levantamiento del país, en virtud de un plan sabiamente concebido, las fuerzas patriotas emprendieron operaciones y Artigas se dirigió á Mercedes, donde estableció su cuartel general.

3. — Venancio Benavídez, al mando de una entusiasta columna de 500 hombres, avanzó sobre el pueblo del Colla, — hoy villa del Rosario, — y obtuvo la rendición de la fuerza realista que lo guarnecía.

Los capitanes Manuel Artigas y Baltasar Vargas, al frente de más de 600 revolucionarios, consiguieron apoderarse del pueblo de San José, y se batieron luego en el Paso del Rey, con una división salida de Montevideo para reforzar la guarnición de dicho pueblo.

Atrincherados de nuevo en San José, los españoles esperaron el ataque de los pa-

triotas. Éstos no se consideraron con fuerzas suficientes para intentarlo, y enviaron chasques á Benavídez para que apresurara su marcha. Llegado al sitio, y habiendo asumido el mando superior, ordenó Benavídez el asalto al pueblo.

Las fuerzas patriotas embistieron la población, consiguiendo apoderarse de ella después de una obstinada resistencia, quedando prisionera la guarnición española con sus jefes y oficiales.

En esta acción murió el capitán Manuel Artigas, primo hermano del Jefe de los Orientales. Este distinguido y culto oficial tenía, según un ilustrado escritor nacional, «además de su valor, el prestigio de su apellido, pronunciado con respeto por todas las bocas, en aquellos años tumultuosos, desde las costas del Plata hasta las más lejanas fronteras, como el de un hombre activo, capaz de las empresas más audaces. (1)

(1 Eduardo Acevedo Díaz.—*Ismael.*

Por decreto del Gobierno de Buenos Aires, se ordenó que el nombre de Manuel Artigas fuera inscrito en la Pirámide de Mayo, que se alza en la plaza principal de aquella capital, como un homenaje á sus servicios á la causa de la revolución.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. La batalla de Las Piedras. — 2. Rondeau jefe de las tropas auxiliares. — 3. Intrigas en la corte del Brasil. Intervención armada de los portugueses. Armisticio entre Elío y el Gobierno de Buenos Aires. — 4. El éxodo del pueblo oriental. — 5. El gaucho en las luchas por la Independencia.

1. — Francisco Javier de Elío, en conocimiento de los triunfos obtenidos por los orientales y con el objeto de impedir su avance sobre Montevideo, hizo salir una columna de 1200 soldados de las tres armas al mando del capitán de fragata José Posadas, que chocó el 18 de mayo con las tropas de Artigas en los campos de Las Piedras, donde el jefe oriental obtuvo una completa victoria, (1) que fué entusiasta-

(1) Artigas, que se encontraba en Canelones á principios de mayo marchó buscando la incorporación de los voluntarios de Maldonado, que, al mando de su hermano Manuel Francisco, venían en viaje, después de haber realizado en pocos días una brillante campaña en la que se apoderaron de Minas, San Carlos y Maldonado, dominando la zona del este é interrumpiendo por ese lado toda comunicación entre Elío y el interior del país. Verificada la incorporación y habiendo Artigas recibido noticias de que las fuerzas enemigas

mente celebrada en Buenos Aires, pues ella venía á retemplar el espíritu público, abatido por los recientes contrastes que había sufrido el general Belgrano en su campaña del Paraguay.

El vencedor de Las Piedras fué promovido al empleo de coronel, se le decretó por la Junta de Buenos Aires una espada de honor, y su nombre aclamado con entu-

---

marchaban á su encuentro, ordenó que su vanguardia saliera á descubrirlas, y que sin comprometer sus fuerzas se retirara una vez que hubiera llamado la atención del enemigo.

El ejército patriota se componía en total de 400 soldados de infantería, 600 de caballería y dos pequeños cañones.

El 18 de mayo amaneció «hermoso como presagio de gloria». Artigas mandó algunas partidas en observación del enemigo, las que llegaron con el parte de que éste avanzaba hacia el paraje donde estaban los patriotas, trabándose en seguida algunas guerrillas con la fuerza realista, que tomaba posiciones en una extensa loma, á la vista del campo de Artigas.

«Exhorté, — dice éste en su parte oficial, — exhorté á las tropas, recordándoles los gloriosas tiempos que habían inmortalizado la memoria de nuestras armas, y el honor con que debían distinguirse los soldados de la patria, y, todos unánimes, exclamaron con entusiasmo, que estaban resueltos á morir en obsequio de ella».

Acto continuo Artigas emprendió la marcha al encuentro de los realistas, encargando del ala izquierda de la infantería y caballería á su ayudante mayor Eusebio Valdenegro, tomando él mismo el mando del ala derecha y encomendando al comandante Manuel Francisco Artigas que, con los lanceros de Maldonado, cortara la retirada del enemigo.

Eran las once del día cuando se empeñó la acción que debía terminar al ponerse el sol. La infantería patriota echó pié á tierra y avanzó impávida al encuentro de los realistas. El choque fué recio

siasmo, era objeto de las más vivas simpatías.

Los resultados inmediatos de ese combate fueron: quedar toda la campaña en poder de los patriotas, y reducidos los españoles á las murallas de Montevideo, donde, en breve se vieron sitiados por Artigas.

Á los tres días de la batalla de Las Piedras, coronaban las alturas del Cerrito

---

y sostenido con brío por ambas partes: pero, después de rudo combate, los realistas abandonaron su línea, replegándose sobre Las Piedras. En esos momentos entró en batalla la caballería artiguista, cargando bravamente al enemigo, que, en breve se encontró rodeado por todas partes, y la batalla se empeño de nuevo, dando por resultado final la rendición completa de la fuerza española, con todos sus jefes, oficiales, tropa y armamento; obteniéndose, acto continuo, por el teniente Valdenegro, la entrega de Las Piedras, donde se sostenía una pequeña fuerza con una pieza de artillería.

La jornada estaba terminada, y, á las últimas claridades de aquel día memorable de mayo, las alegres dianas del campo patriota anunciaban el triunfo completo de las armas de los independientes.

Los trofeos de aquella victoria consistieron en todos los jefes y oficiales españoles y 500 soldados prisioneros, conjuntamente con toda la artillería, armamento de infantería y caballería, y municiones.

Intimada la rendición á los restos de la columna realista y obtenida ésta, Artigas comisionó al presbítero don Valentín Gómez para que recibiera la espada del jefe enemigo Este acto, dadas las ideas de la época sobre el carácter de los miembros del clero, demuestra una vez más los sentimientos delicados y caballerosos de Artigas, que no quiso someter á Posadas á la humillación de entregarle personalmente la espada.

Este episodio ha sido inmortalizado por el malogrado pintor Blanes, hijo, en su célebre cuadro «La Batalla de Las Piedras»

las huestes revolucionarias, teniendo á su frente al jefe vencedor, quien intimó á Elío la rendición de la plaza.

Acto continuo estableció el sitio de Montevideo y entabló negociaciones para el canje de prisioneros, con los tomados á Belgrano en su reciente campaña del Paraguay.

Como se ve, la primera victoria de Artigas demostró, no sólo su pericia como militar, sino también sus nobles sentimientos, por el hecho de establecer inmediatamente el canje de los prisioneros, que habían sido tratados con toda clase de consideraciones; conducta que contrastaba con la seguida por los revolucionarios de Mayo en la Banda Occidental y con la del Gobierno de Montevideo, que arrojó violentamente fuera de las murallas, á los religiosos del Convento de San Francisco, por el hecho de simpatizar con la revolución, y expulsó á multitud de familias distinguidas de Montevideo, sin otro motivo que su manifiesto amor á la misma causa.

2.—Rondeau, nombrado por la Junta de Buenos Aires jefe superior de las tropas

que operaban en nuestro territorio, apresuró su marcha al tener conocimiento de las victorias de Artigas, llegando al Cerrito cuando la plaza estaba ya estrechamente sitiada por los orientales, que en número de 5.000, aclamaban por único jefe al glorioso vencedor de Las Piedras.

3.—Los sucesivos triunfos obtenidos por las armas revolucionarias en el Uruguay, obligaron á Elío á pedir la intervención armada de los portugueses en su favor; en julio de 1811 un ejército de esa nación traspuso la frontera respondiendo á ese pedido. El portugués ponía como pretexto de su intervención, reprimir los atentados que decía cometían las tropas artiguistas; pero en realidad su objeto era obligar á los patriotas á levantar el asedio de Montevideo y á evacuar el territorio oriental.

En la corte portuguesa, trasladada en aquella época á Río Janeiro, venía de tiempo atrás labrándose una intriga política, cuyo centro principal lo constituía la Princesa Carlota Joaquina, esposa del Príncipe Regente y hermana de Fernando VII. La Carlota, princesa ambiciosa é in-

quieta, que había visto defraudadas sus esperanzas de obtener la regencia de los países del Plata, comprometió al Gobierno portugués para una intervención armada á favor de Elío, á fin de sofocar la revolución.

Lord Strangford, representante de la Gran Bretaña en Río Janeiro, aconsejaba al Príncipe Regente, — sobre el que tenía gran influencia — que se abstuviera de intervenir en los asuntos de la América española, imitando así la conducta del gobierno inglés; pero prevaleció la tendencia de Carlota, quien nò contenta con haber auxiliado á la plaza de Montevideo con armamento y víveres, obtuvo, como se ha visto, la resolución de hacer pasar las fronteras el ejército portugués, que al mando del general Diego de Souza, avanzó por el norte y este sobre el río Negro, Melo y Maldonado.

Lord Strangford, burlado por estas intrigas de la Princesa, y exasperado por la invasión realizada, trató de contrariar el propósito del Gabinete portugués, y á este efecto hizo ver al Marqués de Casa Irujo, Ministro de España en Río Janeiro, que,

aparentando socorrer á Montevideo, los portugueses se apoderarían de esa plaza y se anexarían el territorio del Uruguay, realizando así la política tradicional de la casa de Braganza.

Al mismo tiempo hizo presente á Manuel de Sarratea, agente de la Junta de Buenos Aires en Río, los peligros de la invasión portuguesa y la imposibilidad en que se encontraba el Gobierno revolucionario para resistirla.

Y además, amenazó al Gabinete portugüés con la retirada de la protección que hasta entonces dispensaba el Gobierno Británico al Príncipe Regente, y que no sólo cortaría sus relaciones diplomáticas, sino que emplearía las fuerzas de su nación ante las tentativas de Portugal contra las Colonias Españolas.

Lord Strangford consiguió, por último, aproximar tantos intereses encontrados, y los puso de acuerdo bajo las siguientes bases: Los portugueses retirarían su ejército de la Banda Oriental y se dejaría librado Montevideo á sus propias fuerzas. La Junta de Buenos Aires aceptaría la

mediación de los Gobiernos Portugués y Británico para llegar á un acuerdo con la Metrópoli, dándoles plenos poderes para realizar ese acuerdo. Cesaría el bloqueo y la guerra entre Buenos Aires y Montevideo, retirando la Junta sus tropas de la Banda Oriental y abandonando el territorio al general Elío, y finalmente, el Gobierno del Príncipe Regente enviaría á Buenos Aires un agente para firmar un armisticio.

Si se aceptaba este acuerdo, la revolución estaba perdida, puesto que él importaba un sometimiento liso y llano de las colonias sublevadas, al Gobierno de la Metrópoli, pues Portugal é Inglaterra quedaban plenamente facultados para restablecer el poder de España, mediante franquicias comerciales que ellos obtendrían en su provecho.

Manuel de Sarratea llegó á Buenos Aires al finalizar septiembre de 1811 y fué elegido miembro del triunvirato que sustituyó á la Junta, y, enterado como estaba, de los planes combinados en Río Janeiro, su primer acto fué tratar de desbaratarlos. Al efecto, negoció de inmediato un tratado con

Elío, que, enterado por Casa Irujo, también desconfiaba de las intenciones de los portugueses, y el 20 de octubre estaba terminado y firmado dicho tratado.

Por él, el ejército de Buenos Aires evacuaría la Banda Oriental que conjuntamente con los pueblos de Gualeguay, Gualeguaychú y Arroyo de la China, quedaban sujetos á la autoridad de Elío; se levantaría el bloqueo y se restablecería el libre tráfico del río. — Elío ofrecía en cambio, que el Ejército Portugués se retiraría á sus fronteras. — Todo esto bajo la base de reconocer ambas partes contratantes la integridad de las posesiones americanas á la soberanía de Fernando VII y de auxiliarse mutuamente en el caso de una agresión extraña.

Este tratado desagradó á todos, dice un autor: al general Artigas y á los orientales. colocados en la alternativa de someterse á Elío ó de emigrar del país ante la permanencia del ejército portugués que había venido á luchar contra ellos: al Gobierno de Portugal, cuya acción y cuya influencia

se repelían como un peligro: al ejército portugués que se miraba como una amenaza: á la Princesa Carlota cuya intervención se desairaba: á los realistas del Perú á quienes se detenía en su avance triunfal después de los desastres sufridos por las armas de Buenos Aires: á los españoles de esta ciudad que ya creían posible una reacción, la meditaban y la preparaban; y á los españoles de Montevideo que participaban de las mismas esperanzas que sus paisanos de Buenos Aires.

El Gabinete portugués recibió la noticia de la celebración del tratado entre los Gobiernos de Montevideo y Buenos Aires, no sólo como un desastre de su política, sino también como una injuria, pues se dudaba de la lealtad de sus procederes, y con esa impresión, resolvió que el ejército, que de acuerdo con lo ofrecido por Elío, debía evacuar el territorio oriental, permaneciese en él.

En cumplimiento del tratado se levantó el asedio de Montevideo, retirándose las columnas patriotas para San José. Los orientales iban con la creencia de que el

armisticio no estaba firmado, cuando fueron sorprendidos con la noticia de que lo había sido con fecha 20 de octubre de 1811.

Las tropas de Buenos Aires se encaminaron al puerto del Sauce, para embarcarse, dejando librados á sus propias fuerzas á los voluntarios de Artigas, aumentados con las numerosas familias que habían abandonado sus hogares ante la invasión de los portugueses, realizada por varias partes de la frontera.

El Gobierno de Buenos Aires había conseguido su objeto al negociar el armisticio, pues se deshacía de dos enemigos poderosos; los españoles que lo amenazaban por la frontera del norte, después de haber derrotado su ejército y Elío que con su escuadrilla tenía bloqueados los puertos argentinos; á la vez que desbarataba, por el momento, los planes de la corte portuguesa.

4. — En cambio, la Banda Oriental quedaba á merced de Elío y de Souza; es decir, de los españoles y de los portugueses. Entonces el pueblo oriental tuvo una repentina inspiración: abandonar el suelo de la

patria antes que volver al dominio de sus antiguos opresores.

Dada la señal de la emigración, un espectáculo extraordinario se vió en este país: las familias de la zona invadida por los portugueses, abandonaban precipitadamente sus hogares y buscaban la incorporación de otras, llevando consigo las carretas, los muebles y los animales domésticos. Los ranchos eran entregados á las llamas, dejando de este modo las campiñas solitarias al invasor.

En los demás puntos del territorio, numerosas familias hacían otro tanto, huyendo del poder de Elío é incorporándose todas á las fuerzas de Artigas. Era una emigración en masa la que se operaba, el *éxodo del pueblo oriental,* — como lo ha llamado un escritor contemporáneo, — en busca de un nuevo hogar, pues la patria quedaba allí, presa de los realistas y del vecino ambicioso.

«No era ésta la retirada de un ejército; era la protesta de un pueblo», dice el doctor Andrés Lamas.

«Más de 16.000 personas, entre las que

había ancianos, mujeres y niños, llegaron con el general Artigas á las márgenes del Uruguay.

»No admitían la paz con los españoles, ni la tregua con los portugueses que se encontraban en armas en el territorio oriental, y respecto de los cuales se colocaron en abierta hostilidad.»

El Gobierno de Buenos Aires, en conocimiento de estos sucesos, y para no enajenarse del todo las simpatías de Artigas, designó el departamento de Yapeyú, en la Provincia de Misiones, para residencia de los emigrados y nombró á Artigas para jefe superior en su nueva residencia, con el título de Teniente Gobernador, y en su carácter de general en jefe de las tropas orientales.

Éste y la masa de emigrados, se dirigieron al Salto y desde ese punto al Ayuí, en la provincia de Entre Ríos, al norte de la actual ciudad de Concordia. — Hasta los indios charrúas se incorporaron, abandonando la tierra de sus antepasados por seguir la suerte de Artigas y su pueblo: tan

grande era el prestigio de nuestro primer libertador!

5. — Tres razas principales poblaban esta parte de la América, al iniciarse los primeros movimientos revolucionarios.

En primer término, la de los españoles, que habían conquistado el Nuevo Mundo; que ocupaba todos los puestos públicos, así políticos como militares, y que, como en los primeros días del descubrimiento, gobernaba á título de conquistadora.

Á esta raza pertenecían también los criollos ó hijos de españoles, nacidos en el suelo de América, que habitaban las ciudades y los campos, sin gozar de derechos políticos, viviendo como extraños en el suelo en que vieron la luz y que, — según el testimonio de un sabio viajero español, — tenían por los europeos y por el gobierno colonial, una aversión profundamente marcada.

En segundo término figuraban los negros y mestizos, encargados de las ocupaciones domésticas y del cultivo de las chacras que rodeaban las poblaciones, y que, á fines del

siglo XVIII formaban más de la tercera parte de la población de Montevideo.

Y, por último, la raza indígena que, después de luchas seculares, mantenía aún su dominio sobre una gran parte del país.

Á pesar de los escasos y tardíos medios de comunicación con las naciones del antiguo continente, ideas de libertad é independencia iban haciendo camino entre los habitantes de las ciudades platenses de origen español, nacidos en el suelo de América, para estallar cuando llegara el momento de la revolución que venía elaborándose por las sociedades secretas fundadas en Europa por el general Miranda, cuya consecuencia serían las repúblicas que habrían de constituirse en el Nuevo Continente.

Los habitantes de los campos, por el contrario, se hallaban aislados de todo trato que no fuera con los indígenas, y sólo estaban en contacto con la naturaleza agreste del desierto.

El gaucho ó *tupamaro*, era su representante legítimo. Se llamaba *tupamaros* á los criollos, por sus ideas revolucionarias;

traía su origen este nombre, del cacique Tupac Amarú, que á fines del siglo dieciocho se sublevó en el Perú contra los españoles.

Sin medios de civilización, agitando su vida semisalvaje en la soledad de nuestros campos, luchando día á día con los rigores de la naturaleza ó con los animales feroces que poblaban los espesos montes de la campaña, el gaucho, sin más horizontes que los que limitaban nuestras cuchillas, libre y feliz en el medio que lo rodeaba, llevaba una vida turbulenta ó tranquila, según los móviles que lo guiaran en medio del desierto.

Habituado á la vida libre, jinete sobre su caballo favorito, cruzaba nuestros campos, dispuesto á correr los azares de la campaña en la lucha por la existencia y en busca de aventuras.

El gaucho no rendía vasallaje á nadie: iba ó venía según su capricho, y en medio de la soledad de los campos se consideraba dueño y señor del suelo que habitaba.

Los primeros movimientos revolucionarios que agitaban las cabezas soñadoras de

los hombres de las ciudades, lo hallaron en esta situación, y á la voz mágica de libertad, marchó decidido á formar en las filas de los que luchaban por la emancipación política de estos países.

Sin más armas que hojas de tijeras de esquilar ó de cuchillos, enastados en cañas de tacuara, y viejas carabinas casi inservibles, ó agitando otras veces el lazo y las boleadoras, el gaucho oriental se batió con los aguerridos soldados españoles, en las primeras jornadas de la revolución; y más tarde, cuando la intriga y la ambición trajeron sobre el territorio oriental una formidable invasión extranjera, el gaucho corrió entusiasta á agruparse bajo la bandera tricolor, — la gloriosa enseña de Artigas, que había visto en Guayabos ondear victoriosa, entre el humo de las descargas, — y en cuatro años de lucha gigantesca, se batió con los poderosos ejércitos de Lecor, de Abreu, de Silveira y de Curado, como se había de batir igualmente contra los de Jardín, Bentos Manuel y Barbacena, derramando su sangre generosa en cien com-

bates «para que las generaciones venideras pudieran siempre decir que la planta del extranjero no profana el suelo oriental en son de guerra y de conquista, sin que una mancha de sangre propia ó extraña señale cada uno de sus pasos.»

CAPÍTULO V

SUMARIO: 1. Artigas se prepara para abrir una nueva campaña. — 2. Armisticio indefinido con los portugueses. — 3. Sarratea y Artigas. — 4. Nuevo sitio de Montevideo. Batalla del Cerrito. — 5. Depuesto Sarratea, los orientales concurren al asedio de Montevideo.

1. — Para los orientales, la permanencia de las tropas portuguesas en el territorio de su Provincia, era la guerra: la habían hecho é iban á continuarla, solos ó acompañados.

Después de levantado el sitio de Montevideo, dice un historiador, (1) el único que había tenido ocasión de ilustrar las armas de la patria, era el general Artigas; con ellas mantuvo viva la protesta contra la ocupación portuguesa.

El general Artigas anunciaba al Gobierno de Buenos Aires, desde su Cuartel General del Salto á fines de diciembre de

(1) Don Andrés Lamas.

1811, que á pesar de las dificultades en que se encontraba, iba á abrir la campaña al empezar el año y pedía auxilios para afirmar su triunfo contra el enemigo.

Al mismo tiempo el general Diego de Souza, reforzado por nuevas fuerzas ríograndenses se aproximaba á la costa del Uruguay.

Entonces el Gobierno Argentino resolvió que el ejército retirado de la Banda Oriental fuese aumentado y se trasladase al campo de Artigas para operar en combinación con éste.

2. — Mientras tanto las relaciones entre el Gobierno de Buenos Aires y el de Montevideo, representado por el general Vigodet, que había reemplazado á Elío, se rompieron de nuevo y los portugueses aliados de España por compromisos de la política europea, comprendieron que su intervención en favor de esta nación en los asuntos del Río de la Plata para sofocar la revolución, importaba volverlo definitivamente al poder de su antigua rival, en caso de triunfo; alejando quizá indefinidamente la realización de su proyecto de apo-

derarse de la Banda Oriental; en tanto que independizada de España, podrían ellos adquirirla sin mayor dificultad cuando la ocasión se presentara.

Consecuente con esta idea, y con el apoyo del diplomático inglés Lord Strangford, el Príncipe Regente acordó enviar á Buenos Aires un Agente que negociara *un armisticio ilimitado* entre su gobierno y el de las Provincias del Plata.

Esta misión fué confiada al teniente coronel Juan Rademaker quien desembarcó en Buenos Aires el 26 de mayo de 1812 siendo recibido con especiales consideraciones.

El mismo día quedó concluído el armisticio, interviniendo como representante de los argentinos el doctor Nicolás Herrera, y con la garantía del Gobierno de la Gran Bretaña.

Por él se establecía que el ejército portugués evacuaría inmediatamente la Banda Oriental, lo que dejaba á los patriotas en libertad para operar contra los españoles de Montevideo. — Ratificado por la corte portuguesa, Diego de Souza se retiró defi-

nitivamente del país, quedando descartada, por entonces, toda intervención de aquella nación en los asuntos del Plata.

Confirmado el tratado Herrera-Rademaker, se destinó á Manuel de Sarratea para general en jefe del nuevo ejército que debía operar frente á Montevideo.

3.—Sarratea se encaminó al campamento de Artigas en el Ayuí y se hizo reconocer por éste en su nuevo cargo. El flamante general miraba con recelo á Artigas, debido al ascendiente que tenía sobre el pueblo y los soldados orientales; pero como no se atrevía á romper abiertamente con él, empezó á minar su prestigio, fomentando las deserciones, acogiendo en su campo á los desertores y ofreciendo recompensas y honores á los jefes que abandonaran las filas de Artigas.

De esa manera traidora debilitó al ejército oriental, pues algunos cuerpos, entre otros el regimiento de Blandengues, abandonaron á su antiguo general, incorporándose á Sarratea, que lo convirtió en cuerpo de infantería argentina con el nombre de regimiento número 4.

Estos sucesos ocasionaron el rompimiento entre Sarratea y Artigas; este último envió su renuncia de Gobernador de Yapeyú y de su empleo de coronel argentino. Un título más grande le discernían sus compatriotas: el de PRIMER JEFE DE LOS ORIENTALES.

Conseguido el objeto de Sarratea, que era disminuir el poder de Artigas, despachó desde su campamento á Rondeau, para que estableciera de nuevo el sitio de Montevideo, siguiendo él á marcha lenta, con el resto de sus fuerzas.

Artigas repasó el Uruguay, en observación de Sarratea, é internándose en el territorio.

4. — El 20 de octubre de 1812, Rondeau se presentó á la vista de Montevideo, formalizando el sitio que desde el 1.° del mismo mes había establecido el capitán José Eugenio Culta. Culta era un antiguo oficial de Artigas que había reunido una pequeña partida con la que hostilizaba á los españoles de Montevideo. Su campamento lo tenía establecido en el Peñarol, y desde allí solía avanzar hasta cerca de la plaza.

Terminó el año 1812 con la brillante victoria obtenida por Rondeau en el Cerrito, sobre las tropas de Montevideo que hicieron una salida con el objeto de sorprender á los patriotas. (1)

(1) Gaspar Vigodet, Gobernador de Montevideo, trató de aprovechar la aparente debilidad del ejército sitiador, y creyendo terminar el año 1812 con el sitio de la plaza, resolvió hacer una salida en la madrugada del 31 de diciembre.

En número de 1.500 hombres, formando tres divisiones que avanzaban por distintos rumbos, teniendo por objetivo el Cerrito, llegó el ejército de Vigodet hasta Tres Cruces, precedido por su vanguardia que sorprendió una división patriota mandada por Baltasar Vargas, y compuesta en su totalidad de orientales; la lucha se trabó con ardor, y ante la superioridad numérica, después de hacer la resistencia de un tigre,—según la frase de un cronista de la época,—Vargas cayó prisionero con el resto de sus valientes y fué conducido á la plaza.

Reunidas las tres divisiones en Tres Cruces, se dirigieron á la Figurita, mientras una de ellas avanzó resueltamente hasta el Cerrito, sorprendiendo el campamento del regimiento número 6. El capitán Videla, negro, como los soldados de su mando, hizo una valerosa resistencia, hasta que cubierto de heridas, murió gritando: «¡Viva la patria!» El regimiento se desbandó, llevando la desmoralización á las filas patriotas.

Rondeau consiguió reanimar á sus soldados y se hizo fuerte en el Cerrito. Emboscó sus tropas, y dejó guarnecida la cumbre con sólo trescientos infantes. Los españoles avanzaron creyendo seguro el triunfo; pero una vez á tiro, los patriotas lanzaron sobre ellos una lluvia de balas y metralla que diezmó sus filas; se pronunció entonces la derrota de una de las divisiones que huyó en completo desorden, seguida de cerca por los vencedores que sembraron la muerte por doquiera, pereciendo el brigadier Muesas, segundo de Vigodet.

Otra división española, atacó por un costado la posición del Cerrito, consiguiendo ganar la altura, y se sostuvo por un cuarto de hora más ó menos, causando general contento en Montevideo, donde al ver flamear la bandera española en el cumbre del Cerrito, creyeron asegurada la victoria y echaron á vuelo las campanas de los

5. — En enero siguiente se incorporó Sarratea á los sitiadores, y asumió el mando en jefe. Artigas que le seguía de cerca, acampó con su gente en el Santa Lucía Chico.

Sarratea (1) era un militar improvisado, que venía á recoger los laureles adquiridos por Artigas y Rondeau; así es que su llegada fué recibida con disgusto en el campamento sitiador.

Por otra parte, era necesario que Artigas con su numeroso ejército viniera á reforzar las líneas sitiadoras, lo que no se

templos, que muy luego enmudecieron, pues atacada la posición del Cerrito por las tropas patriotas, los españoles la abandonaron yendo á refugiarse dentro de los muros de la plaza, al mismo tiempo que la tercera división española, era batida por el regimiento número 4, el antiguo de blandengues orientales.

Los destrozados restos de la columna española entraron á Montevideo, mientras en el campo patriota se celebraba el triunfo alcanzado. Por la noche, la línea sitiadora apareció iluminada, en señal de regocijo.

Desde ese memorable día, en que flameó por última vez y por breves instantes, la bandera española en su cumbre, el campo de batalla tomó el nombre de Cerrito de la Victoria.

(1) El historiador argentino doctor López hace de Sarratea la siguiente silueta: « Cortesano y trivial, — dice — de una movilidad perlática en las ideas, intrigante por el gusto de serlo, sin respeto por los principios, ni por los compromisos, mansísimo, dúctil en el fondo, medio saltimbanqui, medio caballero de alcurnia, con modales elegantes y sueltos, delicados, pero sin dignidad, á todo estaba pronto con tal de hacer figura entre grandes, fuese para lo que fuese. »

conseguiría mientras Sarratea tuviera el mando superior.

En el mes de febrero, estalló en el campamento del Cerrito una sublevación apoyada por Rondeau, Vedia y otros jefes superiores, y secundada por Artigas, que en previsión de ella, había hecho avanzar fuerzas para robustecer el movimiento.

Como resultado inmediato de éste, Sarratea tuvo que abandonar el mando supremo, embarcándose para Buenos Aires.

Cinco días después de este suceso, se celebraba con dianas y salvas, la llegada de Artigas al frente de sus orientales, que ocuparon su puesto en las líneas sitiadoras.

CAPÍTULO VI

SUMARIO: 1. Artigas organiza el Gobierno Provincial. — 2. Instrucciones de 1813. — 3. Creación del Cuerpo Municipal. — 4. Congreso del Miguelete. — 5. Artigas contra el Directorio porteño. — 6. Capitulación de Montevideo.

1. — La Banda Oriental, con excepción de la plaza de Montevideo, estaba en poder de las armas patriotas, y el general Artigas trató de dar al país una administración regular; con este objeto hizo circular las invitaciones necesarias á los pueblos, para que enviaran diputados al Congreso que se reuniría en su campamento.

El día 3 de abril llegaron al campo de Artigas los diputados orientales, y al día siguiente los reunió para darles lectura de la exposición que había escrito, señalando los motivos de la convocatoria.

Artigas, elevándose á la altura de las circunstancias, empezaba por someterse antes que nadie, á los representantes de la soberanía popular, devolviéndoles el mandato

recibido. «Mi autoridad, decía, emana de vosotros, y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos: ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también todo el premio de mi afán.» (1)

Hacía luego un ligero examen de la situación de la Banda Oriental y de los pueblos del Plata, expresando la conveniencia de una Constitución que fuera una salvaguardia de los derechos populares y un freno para los hombres dirigentes; establecía la necesidad de unirse con las demás provincias, reconociendo la autoridad de la Asamblea General instalada en Buenos Aires, pero no por obediencia sino en virtud de un libre pacto, y recordando en frases breves y elocuentes los sacrificios de diez y siete meses de campaña y la memoria de los hermanos caídos, invitaba al Congreso á meditar la situación de la Provincia, resolviendo sin vacilaciones los dos puntos principales de la convocatoria: la instalación de un Gobierno Provincial y el nombramiento

(1) *Colección Fregeiro, LXVIII.*

de diputados que representaran al Uruguay en la Asamblea de Buenos Aires.

El 5 de abril de 1813 se instaló definitivamente el Congreso y acordó el reconocimiento del Gobierno Central residente en Buenos Aires, sobre la base de una confederación ofensiva y defensiva entre todas las Provincias Unidas; y el nombramiento de diputados para representar á los cinco cabildos existentes en el Uruguay ante el Congreso General de la Nación.

Fueron designados para esos cargos; Dámaso A. Larrañaga y Mateo Vidal por la ciudad de Montevideo; Dámaso Gómez Fonseca por la de Maldonado y su jurisdicción; Felipe Cardoso por Canelones y su jurisdicción; Marcos Salcedo por San Juan Bautista y San José; y Francisco Bruno de Rivarola por Soriano y pueblos de su jurisdicción.

2.—Elegidos los representantes, Artigas propuso que se les dieran las instrucciones necesarias para hacer valer los derechos y aspiraciones de la Banda Oriental ante el Congreso Central.

Por dichas instrucciones se establecía la

forma de Confederación entre todas las Provincias del antiguo virreinato. Se declaraba la completa independencia de estos países, del Rey de España y de cualquier otro del mundo. El Gobierno sería republicano. Cada provincia se daría un gobierno particular, sin perjuicio del general que se establecería. La capital federal se fijaría fuera de Buenos Aires. El gobierno general, como el particular de cada Estado, se dividiría en Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial. El despotismo militar sería aniquilado con trabas constitucionales que asegurasen inviolable la soberanía de los pueblos. Se promovería la libertad civil y religiosa en toda la extensión imaginable; y fijabánse también los límites territoriales de la Provincia Oriental. Abriríanse al comercio general los puertos de la Colonia y Maldonado, y se establecían, por último, todas las bases necesarias para que cada provincia se gobernase por sí misma conservando los lazos de unión, alianza y amistad con las otras que formasen la Confederación.

El Congreso procedió también á la crea-

ción de un *Cuerpo Municipal*, que administrase la Provincia hasta su constitución definitiva.

Se creó á la vez el cargo de *Gobernador Militar*, que recayó en el general Artigas, así como el de Presidente del Cuerpo Municipal.

Tomás García de Zúñiga, Juan José Durán, Miguel Barreiro, el doctor José Revuelta, Santiago Sierra y otros ciudadanos eminentes, formaban también parte del expresado Cuerpo.

El doctor Bruno Méndez fué elegido Vicepresidente interino de dicha corporación, que se instaló en la Villa de Guadalupe, que, por este motivo, vino á ser la primera capital política de la provincia Oriental.

Estos sucesos que daban representación y existencia propia al Uruguay, tenían forzosamente que causar asombro y estupor en Buenos Aires, donde todavía ni siquiera se había pensado en dar forma al sistema de gobierno que convenía á estos países, sistema de gobierno que el Congreso Oriental de 1813 acababa de establecer de una manera clara y precisa.

Por este motivo, y á pretexto de que los diputados no tenían sus poderes en forma, lo que era inexacto, no los admitió en su seno el Congreso de Buenos Aires, dejando á la Provincia Oriental sin representación en aquel alto Cuerpo, y avivando más los recelos de Artigas y los orientales, sobre la política absorbente del Gobierno Central.

4. — El asedio de la plaza de Montevideo continuaba estrechándose, á pesar de los refuerzos que habían recibido los realistas y todo hacía prever que pronto la ciudad sitiada caería en poder de los patriotas.

Meses después de la instalación del primer Congreso Oriental, el general Rondeau convocó al país á elecciones, las que se celebraron en noviembre de 1813. Los congresales electos se reunieron en diciembre de ese mismo año, en la capilla de Maciel, en el Miguelete, bajo la presidencia del general en jefe del ejército sitiador.

Esto disgustó á Artigas, pues por el hecho de presidir Rondeau el Congreso Oriental, se desconocía el carácter de Gobernador de la Provincia que aquél investía,

de acuerdo con lo resuelto por la Asamblea de Abril.

Este suceso, el rechazo de los diputados en el Congreso Constituyente, y algunos avisos que tuvo, de tentativas criminales contra su persona, lo obligaron á adoptar una actitud resuelta, separándose del ejército sitiador, como lo hizo el 20 de enero de 1814, siguiéndole luego casi todas las tropas orientales.

5. — Al tener conocimiento de estos sucesos, el Director Supremo don Gervasio Posadas expidió un decreto por el que declaraba á Artigas infame, privado de sus empleos y fuera de la ley, poniendo á precio su cabeza.

Artigas rompió entonces toda clase de relaciones con el gobierno de Buenos Aires y se dirigió al Norte del río Negro, dejando al comandante Fructuoso Rivera con una columna, en observación de las tropas de Rondeau.

Desde su campamento que estableció en el Hervidero, se puso al habla con los hombres dirigentes de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe y del territorio

de Misiones, cuyo modo de pensar respecto á la organización política que debía darse á los pueblos del extinguido virreinato, conocía desde los días del Éxodo.

Fructuoso Rivera, á quien Artigas había confiado la observación de las tropas de Buenos Aires, era un joven oficial que en unión de su hermano Félix, había sublevado los vecinos de las costas del Yi en 1811.

Su padre, el rico hacendado Pablo Perafán de la Rivera, expiaba en los calabozos de las Bóvedas en Montevideo, la adhesión de sus hijos á la causa patriótica.

Habiéndose retirado del ejército don Félix Rivera, al poco tiempo de estallar el movimiento insurreccional en este país, Fructuoso, aunque joven, fué elegido para reemplazarlo en el mando.

Fructuoso Rivera había nacido en el Peñarol y contaba de 22 á 23 años, cuando principió la guerra de la Independencia.

Con los voluntarios á sus órdenes se encontró en las acciones del Colla, Paso del Rey y San José, alcanzando por su bravura, el empleo de teniente. en la toma de este último pueblo.

Días antes de la batalla de Las Piedras se incorporó á Artigas, y asistió á la memorable batalla del 18 de mayo, siendo ascendido al grado de capitán sobre el campo de la pelea.

Acompañó á su jefe en la emigración del Ayuí y fué comisionado por Artigas para observar á Sarratea, á quien redujo á la inmovilidad y á la mayor miseria, arrebatándole la caballada y el ganado.

«Á la viveza natural de su inteligencia, — dice Bauzá en su obra «La Dominación Española en el Uruguay», — unía Rivera un exterior simpático. Era de color moreno, tostado por el sol, de ojos y cabellos negros, nariz aguileña, estatura regular y cuerpo fornido.

»Suplía por entonces la falta de años con la seriedad del porte; pero sabía granjearse las simpatías de los oyentes con una conversación suelta, insinuante y no escasa de interés.

»Con sus inferiores y con la gente del pueblo llano se mostraba muy abierto, y los seducía por la sencillez del trato y el

desprendimiento con que sabía socorrerlos en todos los **casos.»** **(1)**

En tanto que tan graves desavenencias distanciaban á orientales y porteños, el asedio de Montevideo tocaba á su término, pues la plaza, estrechamente sitiada por tierra y bloqueada por mar, había agotado sus últimas fuerzas.

6. — En mayo de 1814, el general Carlos María de Alvear se recibió del mando supremo del ejército sitiador, y el 22 de junio se entregó la plaza de Montevideo, mediante capitulación. Con la caída de esta ciudad, concluyó para siempre la dominación española en el Plata.

Gaspar Vigodet, último Gobernador es-

(1) Más tarde veremos figurar en primera fila, al joven que de este modo se iniciaba brillantemente en su carrera militar. En 1815 venciendo en Guayabos á las tropas argentinas de Dorrego: oponiéndose en 1816 al invasor portugués en la zona del Este: librando la infausta, pero gloriosa acción de India Muerta y venciendo después, en memorables combates, al mismo invasor. Su audaz victoria del Rincón de las Gallinas, su bizarra conducta en Sarandí y su pasmosa campaña de Misiones, en la guerra de 1825 al 28, son títulos que harán imperecedero su nombre en la historia nacional.

Constituída la provincia en Nación soberana, fué su primer Presidente Constitucional: ocupó el mismo puesto por segunda vez, y falleció el 13 de enero de 1854, siendo miembro del Gobierno Provisorio de aquella época.

pañol en Montevideo, que fué preso después de la capitulación, formuló, casi en seguida, una protesta contra el proceder de Alvear, quien violando las bases que habían servido para obtener la rendición de la plaza, declaró prisionera de guerra á toda la guarnición, y se apoderó del armamento, municiones, dinero y cuanto encontró en la ciudad rendida.

Para contestar á los cargos de Vigodet, tuvo el jefe argentino que negar la existencia de la capitulación, declarando que la plaza había sido tomada sin condiciones: proceder nada correcto, y contrario á las prácticas de la guerra entre naciones civilizadas.

La caída de Montevideo afirmó el poder de la revolución, pues quitaba con ella el único punto de apoyo con que contaba España en esta parte del continente, en el caso de querer reconquistar los países sublevados contra su dominio.

CAPÍTULO VII

SUMARIO: 1. Lucha entre porteños y orientales. — 2. Tratativas de paz. El Congreso del Uruguay. — 3. La Provincia Oriental. Su organización y sus progresos. — 4. El Congreso de Tucumán.

1. — La administración porteña en Montevideo, se singularizó por actos arbitrarios. Nicolás Rodríguez Peña, nombrado Gobernador intendente, procedió de una manera despótica; destituyó á los miembros del Cabildo; impuso fuertes contribuciones al comercio y al vecindario; arrebató la propiedad raíz á sus legítimos poseedores y la repartió entre sus adeptos, y terminó su funesta administración con el saqueo de los archivos públicos de los que desaparecieron muchos documentos de importancia.

En el orden militar, Alvear procedió con toda felonía, pues entretuvo á Otorgués con promesas pacíficas, para caer de sorpresa sobre su campamento en Las Piedras, dispersando las tropas del caudillo oriental

que se había acercado para reclamar por orden de Artigas la entrega de la plaza de Montevideo.

Inició de ese modo una guerra de sorpresas, en la que la suerte de las armas favoreció alternativamente á ambos adversarios. Durante esa lucha estéril, se combatió en la Azotea de González, en el Durazno, con éxito favorable para los orientales, y en Marmarajá, en Minas, donde fué sorprendido Otorgués y dispersadas sus tropas, tratándose por los vencedores, con extrema crueldad, á los prisioneros, entre los que cayeron la esposa é hijas del caudillo, que meses antes había rodeado con toda clase de consideraciones al Coronel Holemberg y á sus oficiales prisioneros en la acción del Espinillo.

Por último, el 10 de enero de 1815 fué vencido completamente en los campos de Guayabos, el coronel Dorrego, por la división al mando de Rivera. El resultado de ese combate, y los reveses que de continuo sufrían las tropas de Buenos Aires en las provincias, decidieron al gobierno bonae-

rense á evacuar Montevideo y todo el territorio oriental.

En febrero del mismo año, Otorgués, comisionado por Artigas, ocupó esta ciudad, con lo que terminó la dominación porteña en este país, suceso que festejaron estruendosamente los orientales, que después de tantas luchas y contratiempos entraban de lleno en el goce de su libertad.

Los desórdenes de la administración de Otorgués, decidieron á Artigas á destituirlo, al poco tiempo, de su cargo de gobernador militar de la ciudad, reemplazándolo por Rivera, que restableció definitivamente el orden y regularizó la situación creada por los excesos de la gente de aquel caudillo.

Artigas, que ejercía su influencia en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, que lo aclamaron su protector, se dirigía con un poderoso ejército á derrocar á Alvear, que gobernaba en Buenos Aires. Las tropas que éste envió á combatir contra el general oriental se insurreccionaron y originaron su caída. Instalado un nuevo gobierno en Buenos Aires, Artigas que ya

había vadeado el Paraná, repasó este río y se dirigió á su provincia. En esta ocasión, el gobierno porteño, creyendo captarse las simpatías de Artigas, le envió engrillados, y á su disposición, siete jefes de los partidarios de Alvear.

El jefe oriental devolvió á Buenos Aires el horrible presente, colmando de atenciones á los prisioneros, manifestando que no era verdugo, y que si no los ponía de inmediato en libertad, era porque él no se consideraba con derecho para hacerlo.

2. — El nuevo gobierno de Buenos Aires entró en seguida en arreglos con Artigas, proponiéndole la separación de la Banda Oriental de las Provincias Unidas.

Esta propuesta del Directorio porteño tenía por móvil el pensamiento tenebroso de aislar la Provincia Oriental de la Unión Argentina, para que, — de esta manera, — pudiera realizarse impunemente la invasión portuguesa á nuestro territorio, proyecto siniestro que, — como ha sido probado acabadamente,—comenzó á incubarse desde esa época en los gabinetes de Buenos

Aires y Río Janeiro, como medio de anular la influencia poderosa del Jefe de los Orientales en la política ríoplatense y hacer triunfar de ese modo los proyectos monarquistas que caldeaban las cabezas de los prohombres argentinos.

Significaba también la propuesta del gobierno de Buenos Aires, el fracaso completo del ideal por el que Artigas combatía, — es decir, la formación en el Plata de una república federal, — y, si bien podía halagar las tendencias separatistas de los orientales, era finalmente la anulación inconsulta del plan político sancionado por los representantes legítimos de los pueblos orientales, en el Congreso de abril del año 1813.

Artigas formuló á su vez sus proposiciones de arreglo, sobre la base de lo resuelto en dicho Congreso, es decir, la confederación ofensiva y defensiva de las provincias ríoplatenses, — pidiendo á la vez fusiles para los soldados, cañones para las fortalezas y útiles de labranza para los campesinos orientales.

Sobre principios tan opuestos no fué po-

sible el arreglo y los delegados del gobierno porteño se retiraron á Buenos Aires.

Entonces fué cuando el Jefe de los Orientales, — creyendo que en asunto tan importante debía consultarse la voluntad general y tratando de apurar todos los recursos para llegar á un avenimiento pacífico, — apresuró la reunión de un congreso formado por los representantes de los pueblos que estaban bajo su protección.

El Congreso se reunió en la Concepción del Uruguay y ante él expuso Artigas, — según sus propias palabras, — «las proposiciones que por ambas partes se habían hecho; su conveniencia y disonancias en cada una de sus partes.»

Después de serios debates, el Congreso del Uruguay resolvió diputar á cuatro de sus miembros para hacer conocer al Gobierno Central las aspiraciones de los pueblos y las seguridades que las provincias reclamaban.

Pero no fueron oídos. Privaban en la capital argentina ideas que estaban en pugna con los sentimientos de los pueblos federales, y el arreglo no era posible.

Y mientras los políticos porteños alimentaban sus proyectos centralistas, el prestigio y el poder militar de Artigas llegaba á su apogeo: cinco provincias lo aclamaban PROTECTOR y su nombre era entusiastamente saludado por los pueblos.

Córdoba «la docta», después de reconocer su autoridad, le decretó una espada de honor que se conserva como preciosa reliquia en el Museo Nacional de Montevideo, y sus diputados aceptaron en el Congreso del Uruguay los principios institucionales del Protector.

3. — La Provincia Oriental, su predilecta, iba restaurando las fuerzas que cuatro años de lucha constante habían debilitado. Se decretó el primer escudo de armas, constituído por un óvalo, en cuyo centro figuraba un brazo sosteniendo una balanza, símbolo de igualdad; en la parte superior, un sol, el sol de la libertad; alrededor del óvalo, la siguiente leyenda: *con libertad, ni ofendo ni temo.* Adornaban además el primer escudo oriental, banderas tricolores y armas.

Artigas, con una actividad maravillosa,

al mismo tiempo que trataba como Protector de extender la influencia de la Liga Federal en el interior de las provincias argentinas, que alentaba la propaganda republicana en el Río de la Plata, que dirigía la formación de los ejércitos provinciales para repeler las invasiones bonaerenses y propendía al bienestar de los pueblos que obedecían á su influencia, — se ocupaba, como Jefe de los Orientales, de la recta administración de su provincia, fomentaba su progreso, tanto económico como industrial, y en su activa correspondencia con el Cabildo de Montevideo ha dejado estampados sus sanos principios de administrador y gobernante, recomendando continuamente á sus compatriotas el pacífico trabajo de los campos y el fomento de la agricultura, de la industria y el comercio, que, según él mismo decía, son los canales por donde se introduce la felicidad de los pueblos.

En septiembre de 1815 dictó, desde su campamento en el Hervidero, un Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental, con el objeto de fomentar la población y

garantizar la propiedad; y en febrero de 1816 decretaba la fundación del Carmelo, en la costa del arroyo de las Vacas, trasladando á ese paraje la antigua población de las Víboras, y en el Hervidero echaba los cimientos de la villa de Purificación, donde estableció su cuartel general y una especie de colonia agrícola y militar.

Nunca había gozado la Banda Oriental de mayor tranquilidad. Artigas mantenía constantemente correspondencia con los Cabildos, proponiendo y aceptando, según los casos, todas las medidas necesarias para encaminar al país por la senda del progreso.

El Cabildo de Montevideo fué investido con el carácter de Gobernador, para cuyo efecto dispuso Artigas que la elección de esa autoridad se efectuase por delegados de todos los cabildos del país y por electores que representasen los distritos de Montevideo y extramuros, preparando así á los ciudadanos para el ejercicio de la vida democrática.

De acuerdo con el Cabildo promovió la fundación de la primera biblioteca pública,

que se inauguró solemnemente en Montevideo el 25 de mayo de 1816. El lejano campamento del Libertador se asoció á esa fiesta y con ese motivo el santo y seña del Ejército fué el siguiente: *Sean los orientales tan ilustrados como valientes.* El Director de la biblioteca fué el sabio naturalista Dámaso Antonio Larrañaga, distinguido sacerdote de la iglesia nacional, y patriota entusiasta que había acompañado en sus campañas libertadoras á los ejércitos de la revolución. (1)

(1) El presbítero Dámaso Antonio Larrañaga nació en Montevideo en 1771. Contrariando las ideas de sus progenitores que lo destinaban á la medicina, se ordenó de presbítero después de haber cursado estudios superiores en Buenos Aires, Córdoba y Rio Janeiro.

En su carácter de Capellán asistió dentro y fuera de Montevideo á las jornadas contra los ingleses invasores. Separada la iglesia oriental de la diócesis de Buenos Aires, Larrañaga fué nombrado Vicario Apostólico.

Cooperó durante el gobierno de Artigas — de quien era amigo y admirador, — por elevar el nivel moral é intelectual del pueblo, y organizó la biblioteca pública formada sobre la base de los libros donados por otro montevideano ilustre: el presbítero y sabio naturalista José Manuel Pérez Castellano.

Fuê más tarde el iniciador de las escuelas lancasterianas; para la enseñanza de la niñez por el sistema mutuo, que era el más en boga en esa época.

También por su iniciativa se fundó la inclusa para recoger y criar los niños expósitos.

Como Pérez Castellano, dedicó una gran parte de su vida á los estudios científicos, siendo reconocido dentro y fuera del país como un sabio distinguido. Sus predilecciones fueron por la historia na-

En el orden administrativo, se fundaron escuelas primarias; se restauraron los templos destruídos; se organizaron colonias con indígenas; se distribuyeron chacras á los colonos y pobladores; se les proveyó de semillas y útiles de labranza y se proyectó la repartición equitativa de las tierras públicas. Al mismo tiempo se trató de regularizar la administración de justicia, nombrando jueces de primera instancia en las principales ciudades del país, encareciéndoles la necesidad de acelerar los procesos en las causas, y especialmente en las criminales para que no quedasen impunes los delincuentes.

El Cabildo de Montevideo, acordó, en enero de 1816, la división del territorio en departamentos, en la siguiente forma: Primer departamento, Montevideo y ex-

---

tural, á la que aportó inmenso caudal recogido en pacientes observaciones y estudios.

Rodeado del cariño y estimación de sus contemporáneos llegó á una avanzada edad, pues falleció en el Miguelete en 1848.

Larrañaga, como sus colegas Lamas, Pérez Castellano y Monterroso, fué entusiasta adepto de las ideas que sustentaba Artigas, y acompañó á los ejércitos de la patria en muchas de sus campañas militares, prestando á los hombres dirigentes de la época sus sanos consejos, á la vez que desempeñaba su sagrado ministerio.

tramuros hasta la línea del Peñarol. — Segundo, la ciudad de San Fernando de Maldonado, cabeza de los pueblos de San Carlos, Concepción de Minas, Rocha y Santa Teresa. — Tercero, la villa de Santo Domingo Soriano, la capilla de Mercedes y San Salvador. — Cuarto, la villa de Guadalupe, Pando, Piedras y Santa Lucía. — Quinto, la villa de San José, Florida y Porongos. — Sexto, la Colonia del Sacramento, Vacas, Colla, Víboras y Real de San Carlos.

Sometida esta propuesta al Jefe de los Orientales, fué aprobada, resolviéndose á la vez que las jurisdicciones de Melo, Paysandú, Salto y Belén, por su escasa población, se gobernasen por jueces sin dependencia de ninguna clase de departamento.

Esta fué la primera división de la Provincia, que sirvió de base más tarde para establecer los nueve departamentos en que dividió el país la Asamblea de 1825.

4.—Mientras se realizaban estos hechos, las Provincias Unidas se preocupaban de consolidar su independencia, promoviendo la reunión de un congreso en Tucumán con

facultades para organizar el país, al mismo tiempo que se buscaba el apoyo de las potencias europeas, interesándolas con la adopción del régimen monárquico, y con este objeto, los comisionados de Buenos Aires hicieron varias tentativas para traer un príncipe europeo, que sería coronado rey de estos países.

El Congreso de Tucumán abrió sus sesiones sin estar representadas en él la Provincia Oriental y las de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, y el 9 de julio de 1816 declaraba la independencia, rompiendo los lazos que ataban las antiguas colonias del Plata con la monarquía española.

El Protector, por su parte, como ya lo hemos dicho, había reunido un Congreso Federal en la Concepción del Uruguay á raíz de la caída de Alvear. Ese Congreso, en el que Artigas cifró por un momento su esperanza, tuvo una vida efímera y sólo ha dejado el recuerdo de su negociación con Buenos Aires, que anteriormente mencionamos. Si otras hubieran sido las circunstancias y si el Protector no hubiera tenido que reparar al mismo tiempo en los ene-

migos exteriores además de los internos, quizás su esfuerzo constitucional no hubiera sido vano. Pero la invasión portuguesa estaba amenazando derrumbarlo todo y Artigas tenía que apelar á todos sus recursos y multiplicar sus preparativos para repelerla.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO: 1. Antecedentes históricos.—2. Artigas y la idea federal.—3. El complot contra Artigas, y sus resultados.—4. La invasión portuguesa.

1. — Desde el año 1680, en que los portugueses ocuparon la costa situada frente á la isla de San Gabriel y fundaron la Colonia del Sacramento, de la que fueron desalojados repetidas veces por la fuerza, y á cuya población volvieron otras tantas por medio de tratados que arrancaban á la candidez de los gobiernos españoles, — Portugal ambicionó tener como frontera sur de sus posesiones americanas, el Río de la Plata.

Para conseguir este objeto, trató en varias ocasiones de irse acercando por medio de usurpaciones de territorio realizadas en la margen oriental del Uruguay. Esas usurpaciones llamaron la atención del Gobierno español, que á principios del siglo diez y ocho ordenó á Zavala la fundación

de Montevideo, para evitar que los portugueses se establecieran en este paraje, como ya lo habían intentado.

En 1750, por medio de un tratado, obtuvieron las Misiones Orientales, lo que dió lugar á la *guerra guaranítica*, promovida por los indígenas que odiaban el dominio portugués. Volvieron al poder de España en 1762; catorce años más tarde, los portugueses se apoderaron del territorio disputado, que fué devuelto á España por el tratado de 1777.

En 1801 los portugueses ocuparon violentamente las Misiones, de las que quedaron en posesión hasta 1828, en que fueron recuperadas por el general Rivera, en los últimos días de la guerra de la Independencia, y volvieron finalmente ese mismo año al poder del Brasil, á cuya nación quedaron definitivamente agregadas.

En 1811, aprovechándose de la guerra declarada entre el Gobierno de Elío, de Montevideo, y el revolucionario de Buenos Aires, intervinieron los portugueses, llamados por aquél, y con un ejército poderoso se enseñorearon de la campaña orien-

tal, que abandonaron más tarde de mal grado, debido al armisticio Herrera-Rademaker.

Desde entonces permanecieron con el arma al brazo y acechando en nuestras fronteras, con la esperanza de hallar una ocasión propicia para realizar sus sueños seculares de ambición.

La caída de Montevideo y su ocupación por las armas patriotas, había alejado aquella ocasión, cuando se les presentó nuevamente, con la ida á la Corte de Río Janeiro, del diplomático argentino don Manuel José García.

2. — Los hombres que habían hecho el movimiento de Mayo en Buenos Aires, no concebían la existencia independiente de estos países sin adoptar la forma monárquica, con el objeto de interesar á alguna potencia europea en apoyo de ellos.

La idea de constituirlos bajo el régimen de una república federal, predominaba entre los elementos dirigentes de algunas provincias del antiguo virreinato, desde los primeros días de la revolución, como medio de anular la influencia centralista de Bue-

nos Aires, y en la Banda Oriental, en Entre Ríos, en Corrientes y en Santa Fe, los pueblos se levantaban en armas sosteniendo esa idea, bajo la dirección de un caudillo poderoso, que desde 1811 luchaba con heroísmo por la independencia de las antiguas colonias, y que en 1813 daba un documento célebre, (1) las bases para su organización como estados confederados, bases que no aceptadas entonces por los que dirigían la política en Buenos Aires, sirvieron sin embargo, cuarenta años más tarde, para consolidar y constituir la República Argentina.

Era éste el Jefe de los Orientales, general JOSÉ ARTIGAS, que, aclamado PROTECTOR DE LOS PUEBLOS LIBRES, acaudillaba varias provincias levantando la bandera de la *federación*, y amenazando la existencia del Directorio de Buenos Aires, que pretendía gobernarlas por medio de delegados, como durante el régimen colonial.

La existencia de Artigas y su influencia poderosa, contrariaban al Gobierno de

(1) Instrucciones á los diputados orientales que en 1813 debían representar á la Provincia en el Congreso Argentino.

Buenos Aires en sus dos tendencias: en la primera, porque proclamaba la soberanía de los pueblos, en oposición con las ideas monárquicas de la gran mayoría de los prohombres del movimiento de Mayo; en la segunda, porque en nombre de aquella misma soberanía, aspiraba á la autonomía de las provincias.

3. — Catequizado el diplomático argentino doctor García, por la astuta política portuguesa, hizo ver al Gobierno de su país la conveniencia de buscar la protección del Gobierno de Río Janeiro, para poder realizar el soñado proyecto de monarquía.

Los pueblos platenses eran enemigos de tal sistema de gobierno, y dirigidos por Artigas opondrían su fuerza irresistible á las ideas monárquicas. En tal situación, no quedaba otro camino que tratar á todo trance de concluir con él, y á ese fin encaminó sus esfuerzos el Ministro García.

Los portugueses, que siempre habían demostrado ser hábiles para resolver todas las cuestiones en que podían obtener ventajas, aceptaron complacidos el plan que se les proponía, y fruto de esa trama, urdida

en las tenebrosidades de la intriga, fué la invasión que se anunció sobre el Uruguay, á mediados de 1816.

La invasión portuguesa no fué motivada, como se ve, por las turbulencias de Artigas, como con tanta mala fe lo afirman muchos historiadores argentinos. El mismo general Mitre, que se complace en denigrar á Artigas y á los soldados orientales, confiesa en su *Historia de Belgrano* el verdadero objeto de la invasión y las connivencias del Gobierno de Buenos Aires con los portugueses.

Reconoce también que la causa de Artigas era patriótica; que los orientales luchaban heroicamente por su independencia, asombrando al mundo con su valor, y confiesa francamente la complicidad del Gobierno argentino con la Corte portuguesa, diciendo: «El hecho es que la invasión, ejecutada con conocimiento previo del Gobierno argentino, autorizada por su diplomacia y no repelida de ninguna manera, una vez realizada, revestía un carácter de connivencia ó tolerancia, que siendo depresivo

de la soberanía argentina, comprometía la dignidad de los Poderes públicos. Refleja un colorido siniestro sobre esta situación equívoca, la circunstancia de que, mientras los orientales peleaban y morían defendiendo el territorio argentino, el Gobierno de las Provincias Unidas mantenía sus relaciones políticas y comerciales con la nación invasora y la más cordial inteligencia con el general invasor.»

Artigas, hasta quien llegaron en seguida las noticias de la proyectada invasión, se preparó para repelerla, contando con la bravura y el patriotismo de los soldados orientales. Á la vez concibió el plan de una contrainvasión á las Misiones y al territorio de Río Grande, para batir las fuerzas portuguesas que amenazaban la frontera oriental por las nacientes del Cuarein.

«El plan de Artigas, teóricamente considerado, — dice el general Mitre, — haría honor á cualquier general. Era no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva sino también prudente en el sentido de la defensiva.

»Era nada menos que el de Escipión el

Africano, buscando la salvación de Roma en Cartago»: es decir, buscando al enemigo en su propio territorio. Pero graves y desgraciadas circunstancias que no podían ser previstas por Artigas, hicieron fracasar ese plan que, como lo confiesan los mismos enemigos del Protector,—era intachable desde el punto de vista militar y en más de un momento de la guerra pareció conducir á la victoria.

4. — El ejército portugués, invasor de la Provincia Oriental se componía de tres divisiones: la primera al mando superior de Curado, que debía invadir por las nacientes del Cuarein; la segunda al mando de Silveira, que penetraría por la frontera de Cerro Largo, y la tercera al mando del generalísimo Carlos Federico Lecor, que desembarcó en Santa Catalina y penetró al territorio oriental por el Chuí.

Estas divisiones formaban en total más de 12.000 soldados escogidos, entre los que se contaban veteranos que acababan de hacer en Europa la campaña contra Napoleón. Artigas reuniendo todos sus soldados, apelando al patriotismo de los pueblos

orientales, apenas podía oponer unos 6.000 hombres, milicianos en su mayoría, y mal armados, porque eran hijos de una provincia escasa de recursos, casi agotados en la guerra sostenida contra los españoles y en los combates contra las tropas de Buenos Aires.

CAPÍTULO IX

SUMARIO: 1. Campaña de Misiones y Río Grande.—2. Invasión del territorio oriental. — 3. Crítica situación de Montevideo. — 4. Batalla del Catalán. — 5. Caída de Montevideo.

1.—En septiembre de 1816, cuando ya las fuerzas portuguesas al mando de Lecor, habían marchado por el Este, ocupando el fuerte de Santa Teresa y los territorios adyacentes, (1) el coronel Andrés Guacararí y Artigas, indio misionero, conocido generalmente con el nombre de *Andresito*, invadió las Misiones Orientales en combinación con Artigas y los Jefes José Antonio Verdún y Pantaleón Sotelo. Andresito se dirigió con una columna de 2.000 hombres á sitiar á San Borja.

Los portugueses acudieron á defender el territorio invadido. Sotelo, que debía

(1) El fuerte de Santa Teresa, que á pesar de las órdenes de Artigas para que fuera guarnecido, estaba ocupado por solo 20 milicianos, cayó en poder de Lecor en agosto de 1816.

auxiliar á Andresito, hizo un desembarco á inmediaciones del Ibicuí, protegido por una escuadrilla al mando de Campbell; pero atacado por el jefe portugués Abreu, volvió á embarcarse para invadir nuevamente buscando la incorporación de Andresito.

Abreu, entre tanto, se dirigió á marchas forzadas con el objeto de auxiliar á los portugueses refugiados en San Borja, que estaban á punto de capitular. Se presentó frente á la población y logró derrotar á Andresito, cuyas fuerzas tuvieron que retroceder, levantando el sitio, para rehacerse del otro lado del Uruguay.

Verdún, que se había internado en la provincia de Río Grande, fué atacado en octubre por el jefe portugués Mena Barreto y sufrió un contraste en Ibiracoy.

El general Artigas había pasado á la margen derecha del Cuarein y acampado en Corumbé, esperando el resultado de la invasión de Andresito y de Verdún, para emprender operaciones decisivas. En el mismo mes de octubre una columna portuguesa lo obligó á repasar el Cuarein y á

replegarse sobre su base de operaciones en nuestro país.

La invasión de Andresito á los siete pueblos de Misiones, había sido precedida por un levantamiento en masa de los indígenas de esa región, que simpatizaban con los orientales; «esa valiente raza misionera, que al decir de un historiador, acudió en nuestra ayuda al oir la nota estridente del clarín de guerra entre los bosques de naranjales y yataíses, en muchedumbres belicosas, bajo la dirección de los tenientes de Artigas, para hallar la muerte de los héroes, y levantar al cielo con las piras de sus cadáveres, en el incendio de sus aldeas y campamentos, la tremenda protesta contra la conquista extranjera, y el anatema contra la traición nefanda que la provocó y auxilió.» (1)

2. — Por la frontera Este, la suerte de las armas tampoco fué favorable á nuestras tropas. El coronel Fructuoso Rivera, al frente de poco más de 1.000 soldados, había marchado á contener el avance de las fuer-

(1) Justo Maeso.—*Artigas y su época.*

zas de Lecor, en tanto que el coronel Otorgués, con un número más ó menos igual, avanzaba sobre Cerro Largo en observación de otro ejército portugués, que al mando del general Silveira amenazaba invadir por ese lado.

En noviembre de 1816, el coronel Rivera, al frente de 1.500 hombres, de caballería casi todos, se encontró con la columna portuguesa mandada por el general Pinto, que se componía de unos 2.000 soldados de infantería y caballería y 4 piezas de artillería, y se trabó la lucha en las inmediaciones del arroyo India Muerta.

Los soldados de Rivera se batieron bravamente durante más de dos horas; pero ante la superioridad del enemigo, se vieron obligados á retirarse, dejando en el campo de batalla gran cantidad de muertos y heridos.

Á pesar de este contraste, Rivera permaneció sobre la columna vencedora con los restos de su división, hostilizándola en la penosa marcha que emprendió aquélla buscando la incorporación de Lecor, que se hallaba ya en Rocha.

Entre tanto, el general Silvera pasó el Yaguarón y se posesionó de la Villa de Melo, avanzando con su ejército á pasar el arroyo Cordobés, para internarse en el país. Con el objeto de ocultar este movimiento, destacó una fuerte división de caballería, que fué completamente batida en Pablo Paez por el coronel Otorgués.

No obstante esta victoria, Otorgués no pudo evitar la internación de Silveira, quien después de haber pasado el Cordobés y en seguida el río Yi, se encaminó hacia las nacientes del Santa Lucía buscando la incorporación de Lecor; y, atacado por los patriotas, se fortificó en los potreros de Casupá.

El coronel Otorgués, que había seguido hostilizando á los portugueses en su marcha, se unió con la división del coronel Rivera fuerte de 1.200 hombres de las tres armas, reorganizada después de India Muerta.

El primero se retiró poco después para el interior, dejando á este último jefe frente al enemigo.

Rivera destacó al capitán Juan Antonio Lavalleja (1), que con algunos escuadrones consiguió sitiar durante varios días al ejército del general portugués.

Silveira siguió su penosísima marcha, por entre las sierras, en dirección á Minas, siendo perseguido tenazmente por el coronel Rivera, que durante todo el trayecto lo fué hostilizando por el frente, por los flancos y por la retaguardia, causándole considerables pérdidas.

---

(1) Juan Antonio Lavalleja había nacido en Minas en el último tercio del siglo XVIII.

Patriota de corazón, se asoció de los primeros á la causa revolucionaria, acompañando á sus caudillos en el levantamiento de aquella zona del país.

Incorporado al ejército de Artigas en la víspera de la batalla de Las Piedras, hizo lucido papel como oficial de la división de Maldonado.

En el sitio de Montevideo, se distinguió por su arrojo y bizarría.

En la guerra con los portugueses, era el terror del enemigo por su audacia y actividad, hasta que cayó prisionero de éstos y fué enviado con otros patriotas, á purgar el delito de ser fiel á la causa de su patria, en la *Isla das Cobras*, en la Bahía de Río Janeiro.

Puesto en libertad después de dominada la Banda Oriental por los portugueses, regresó á su patria entrando á servir con Rivera como segundo jefe del regimiento de Dragones de la Unión.

Abrazó la causa del Cabildo de Montevideo cuando se trató de aprovechar la separación del Brasil y Portugal, para obtener la devolución de la Provincia Oriental, y fracasada esa tentativa se vió obligado á emigrar.

Más tarde lo veremos figurar como jefe superior de la inmortal cruzada del año 1825, y en lugar prominente al terminar en la ancianidad su vida, consagrada al servicio de la patria.

En las barrancas de Santa Lucía, la vanguardia, al mando del capitán Lavalleja, derrotó una división del enemigo, y el general Silveira, acosado constantemente por los patriotas, se libró, por último, de un formal descalabro, encerrándose en la villa de Minas, donde permaneció estrechamente sitiado.

Aprovechando las escabrosidades del terreno, el portugués abandonó la villa buscando la incorporación de Lecor, la que consiguió efectuar en las inmediaciones de Pan de Azúcar.

Reforzado éste, continuó su avance sobre Montevideo, seguido siempre por las tropas orientales, que no le daban un momento de descanso.

3. — La noticia del avance del ejército portugués causó en Montevideo la natural alarma, pues la plaza contaba con escasas fuerzas para resistir al poderoso enemigo que la amenazaba. (1)

(1) Después de haber sido la primer plaza fuerte de la América del Sur, Montevideo estaba entonces completamente desguarnecida. Al retirarse las tropas argentinas que la ocuparon accidentalmente hasta que fueron derrotadas en Guayabos, se apoderaron de los

En esos momentos angustiosos, el delegado don Miguel Barreiro envió á Buenos Aires dos comisionados, pidiendo el auxilio de aquel Gobierno para sostener la plaza de Montevideo; se discutió largamente, y por fin los comisionados regresaron con el arreglo convenido, mediante el cual el Gobierno de Buenos Aires exigía, como condición previa para socorrer á los orientales, la entrega de la plaza á los argentinos y el reconocimiento del Gobierno de las Provincias Unidas por parte de las fuerzas artiguistas.

Artigas, á quien se envió el negociado para su aprobación, lo rechazó indignado, manifestando que siempre había demostrado cuánto era su amor á la patria, *y que no se hallaba dispuesto á sacrificar el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.* Estas altivas palabras terminaron la negociación pendiente, que-

cientos de cañones que cubrían sus murallas y de los miles de fusiles y demás pertrechos de guerra que los españoles entregaron á los patriotas al rendirse la plaza. Todo fué conducido á Buenos Aires; y aunque Artigas lo reclamó repetidas veces, nunca llegó á recuperar la Provincia aquel botín de guerra conquistado con los sacrificios heroicos de tres años de lucha.

dando los orientales abandonados á sus propias fuerzas.

La conducta de Artigas en esta emergencia, era la que convenía á sus intereses, pues las intenciones del Gobierno de Buenos Aires eran apoderarse de Montevideo, aprovechando la oportunidad que creía propicia á sus planes.

4. — Fracasado el plan de la invasión al Río Grande, como se ha visto, el general Artigas se había retirado al paraje llamado *potrero del Arapey*, y en él fué sorprendido en la madrugada del 3 de enero de 1817, por las tropas portuguesas que mandaba Abreu.

Después de un reñido combate, en el que los patriotas lucharon con el denuedo de siempre, fueron vencidos, quedando el jefe portugués dueño del campo de batalla.

Al día siguiente, 4 de enero, el coronel don Andrés Latorre, (1) al mando del ejér-

(1) El coronel Andrés Latorre nació en Montevideo en el último tercio del siglo diez y ocho, y en su juventud prestó servicios en el ejército español, en el cual alcanzó el grado de capitán de línea. Realizado por Artigas el movimiento revolucionario del año 11, se incorporó á las filas de los libres. Por sus conocimientos militares, que no eran comunes, y por su acendrado patriotismo, se ganó la

cito oriental, avanzó sobre el portugués que estaba acampado en las márgenes del arroyo Catalán.

En esos tristemente célebres campos, la suerte de las armas fué contraria á los orientales. (1)

íntima confianza del Primer Jefe de los Orientales, quien en la campaña de 1816 á 1820, lo encargó del Estado Mayor del Ejército, y del mando del cuerpo más importante que vigilaba á los portugueses en la frontera del norte. Latorre, Rivera, y Otorgués fueron los tres jefes á quienes confió Artigas la defensa del territorio nacional durante la invasión portuguesa. La batalla del Catalán, perdida por Latorre en enero de 1817, demostró su pericia militar, por las disposiciones estratégicas que tomó para alcanzar el triunfo, que sólo lo obtuvieron los portugueses por la llegada de Abreu. La victoria de Santa María, obtenida á fines de 1819, se debió en gran parte á sus aptitudes y valor. Vencido por sorpresa, en Tacuarembó, en enero de 1820, se eclipsó por algún tiempo, hasta volver á aparecer en 1825, en que prestó nuevamente su valioso concurso á la causa de la independencia. Al mando del regimiento de Dragones de la Unión, se batió bravamente en Sarandí, donde fué herido de gravedad, por cuyo motivo no pudo concurrir al fin de la campaña. Sin embargo, prestó algunos servicios hasta el año 1826 en que, debido á las desavenencias entre orientales y argentinos, se sublevaron los Dragones, y se retiró definitivamente á la vida privada. Rehusó el generalato con que se quiso premiar sus notables servicios. Falleció en el Durazno en el año 1860, contando más de ochenta años de edad. Su notable figuración en las luchas por la independencia, sus especiales talentos militares puestos tan desinteresadamente al servicio del país, y su acrisolado patriotismo, lo hacen acreedor á la veneración y á la gratitud de los orientales.

(1) En la madrugada del citado día, las columnas orientales cargaban impetuosamente sobre el campamento enemigo, creyendo sorprenderlo, lo que hubieran conseguido á no estar el ejército portugués pronto para emprender la marcha.

La infantería oriental, apoyada por dos piezas de artillería y protegida por la caballería, rompió el fuego sobre el enemigo, tratando de desalojarlo de las excelentes posiciones que ocupaba.

La batalla de Catalán, que fué una de las más reñidas y sangrientas de aquella guerra, no quebró la fibra patriótica de Artigas, quien, incansable en su empeño de defender el suelo de la patria, se internó en el país haciendo un nuevo llamado á los orientales, que acudieron con importantes elementos á combatir al invasor.

El ejército de Lecor se dirigía, entretanto, según se ha visto, á ocupar la plaza de Montevideo.

5. — El delegado de Artigas, don Miguel Barreiro, que, como dijimos antes, contaba con escasas fuerzas para oponerse eficazmente al avance de los portugueses, evacuó la plaza, buscando la incorporación de Rivera, y el 20 de enero de 1817 entró

Después de rudo combate y estando dudoso el éxito de la batalla, Latorre se puso personalmente á la cabeza de sus soldados y embistió con denuedo y decisión sobre el centro portugués, llevándoselo por delante y haciendo inclinar la suerte de las armas en su favor; pero en ese momento llegó al campo de la acción el comandante Abreu, con los trofeos de la victoria obtenida sobre Artigas el día anterior, y con tropas de refresco.

La llegada de ese refuerzo decidió la victoria en favor de los portugueses, no sin que los soldados orientales dejaran de disputarla con la bizarría y el denuedo de otras veces, quemando hasta el último cartucho y sembrando el campo de muertos propios y de enemigos.

el general Lecor á Montevideo, tomando posesión de la ciudad, cuyas llaves le entregó el Cabildo.

Con la caída de Montevideo terminó la primera campaña contra los invasores. — Artigas se retiró al interior del país para organizar nuevas fuerzas. Lecor se encerró en Montevideo, donde quedó sitiado por los orientales; y Curado se replegó sobre la frontera, desde donde hacía, de vez en cuando, incursiones vandálicas arrebatando ganado y caballadas y saqueando las moradas de los habitantes de esa región.

CAPÍTULO X

SUMARIO: 1. Sitio de Montevideo por los patriotas. — 2. Avance de Curado y operaciones en el Norte. — 3. Nueva campaña de Artigas y últimos combates.

1. — Á pesar de los sucesivos contrastes que habían tenido los orientales, los portugueses no eran dueños sino del terreno que pisaban.

Artigas, después de Catalán, reconcentró la defensa al interior del país, retirando toda clase de recursos al enemigo y haciendo el desierto á su alrededor.

Curado, como ya hemos dicho, se había replegado sobre la frontera brasilera, temeroso de avanzar en un país, en el cual hallaría enemigos á cada instante, y Lecor se encerró en Montevideo, al abrigo de sus poderosas fortificaciones, quedando de este modo aislados los dos ejércitos invasores.

Sobre la base de las fuerzas sacadas de Montevideo por Barreiro, y la división de Rivera, á la que se unió Tomás García de

Zúñiga con la gente de San José y Florida, se formó un nuevo ejército que se llamó *de la derecha*, y que fué destinado á mantener el asedio de aquella ciudad.

Llamado Barreiro al campamento de Artigas, quedó de jefe de él el coronel Rivera, que fué sustituído más tarde por Otorgués.

Artigas se presentó personalmente en el ejército de la Derecha en mayo de 1817, con el objeto de tomar varias disposiciones, para evitar algunos trabajos que desde Buenos Aires se venían haciendo para disolver ese importante núcleo de resistencia al invasor portugués. Durante su permanencia en las líneas sitiadoras, tuvo oportunidad de presenciar un combate entre el ejército de Lecor, que había avanzado en busca de víveres, hasta la capilla de doña Ana, en Toledo, departamento de Canelones, y algunas fuerzas patriotas, que obligaron al generalísimo portugués á batirse en retirada.

Lecor hizo poco tiempo después una nueva salida para obtener ganado y otros recursos. Al frente de una poderosa columna, de 5.000 hombres, de las tres armas,

se puso en campaña llegando al Paso de Cuello, donde se encontró con el ejército oriental que mandaba Rivera. Los patriotas opusieron alguna resistencia en ese paraje, pero, atacados por fuerzas superiores, se pusieron en retirada mientras los portugueses forzaban el paso, arrollando las guerrillas contrarias, y se dirigían al pueblo del Pintado. Desde ese punto y después de haber recogido abundante provisión de ganado, volvieron para Montevideo, perseguidos por Rivera, que los sitió nuevamente en la Capital.

Para resguardarse de las frecuentes sorpresas de los patriotas y poner en seguridad el ganado y las caballadas que pastaban en el Rincón del Cerro, mandó practicar Lecor una zanja profunda desde la barra del Santa Lucía hasta el Buceo, pasando por el Cerrito, en cuya cumbre puso una batería; además, de trecho en trecho, se colocaron reductos artillados. Esta zanja, de la que aún se conservan algunas señales, fué designada por el general portugués con el nombre de *zanja regina*, en honor de su soberana, y á la que los patriotas, por

burla, llamaron *la zanja reyuna*, con cuya denominación se perpetuó en la nomenclatura geográfica del país. (1)

Esa obra, hecha á fuerza de penosos trabajos, no impidió, sin embargo, que los portugueses fueran hostilizados continuamente por los sitiadores.

Para batir las tropas de éstos, penetraron nuevos refuerzos desde el Brasil por la frontera del Este, los que después de haber sufrido en su marcha algunos reveses, vinieron á encerrarse en Montevideo.

El sitio de esta plaza continuó hasta los primeros meses de 1818, en que habiendo acudido Rivera en auxilio de Artigas, quedó al frente de las tropas sitiadoras el coronel Otorgués, quien tuvo que levantar el asedio, por haberse pasado á la plaza el batallón de libertos y la artillería, con Bauzá, los Oribe, Lapido y otros oficiales, que pactaron con el portugués para que les permitiera embarcarse para Buenos Aires con sus soldados, como en efecto lo verificaron.

(1) La hondonada que existe en el Cementerio del Buceo, es la terminación de la célebre zanja en la costa del Plata.

2.—Lecor que se veía encerrado en Montevideo, antes de este suceso, á pesar de los poderosos elementos militares de que disponía, trató de ponerse en comunicación con Curado que permanecía sobre el Cuarein. Negoció al efecto con el Gobierno de Buenos Aires la autorización necesaria para pasar una escuadrilla de guerra por Martín García, y obtenida esta autorización, remontaron el Uruguay los barcos portugueses.

El general Curado después de la batalla del Catalán, había permanecido acampado en el rincón que forma este arroyo al reunirse con el Cuarein, y desde allí sus tenientes hacían frecuentes incursiones al territorio oriental, arreando las haciendas y saqueando las viviendas de los pacíficos moradores de aquella zona del país. Obedeciendo instrucciones de Lecor, abrió en febrero de 1818 su segunda campaña, buscando la costa del Uruguay.

Artigas, al tener noticia de este avance, destacó á Lavalleja, como jefe de su vanguardia, para hostilizar al invasor. Una imprudencia, debida al valor temerario de

Lavalleja, lo hizo caer prisionero de Curado, quien lo remitió á Montevideo desde donde fué trasladado á Río Janeiro Huérfana de su jefe, la vanguardia fué batida á los pocos días, viéndose obligado Artigas, por esta causa, á abandonar Purificación y la costa del Uruguay. Curado siguió entonces su avance victorioso y dominó en poco tiempo ambas márgenes del río, después de hacer batir por Bentos Manuel, las tropas artiguistas que operaban en la costa entrerriana, siendo auxiliado por la escuadrilla salida de Montevideo, que remontando el Uruguay se puso en comunicación con Curado.

Al mismo tiempo, el general portugués destacó hacia el sur dos divisiones que se apoderaron de Paysandú y se internaron hasta Soriano, arreando á su regreso todos los elementos de subsistencia y movilidad que encontraron en la región invadida.

Después de estas operaciones, estableció su cuartel general en Purificación, mientras Artigas se internaba buscando la incorporación de sus diseminadas tropas. Pernoctaba hacia las puntas del Queguay

cuando fué sorprendido su campamento por Bentos Manuel, que se apoderó de pertrechos de guerra y prisioneros. Rivera que había abandonado el sitio de Montevideo, llamado por Artigas, sorprendió á su vez á Bentos Manuel obligándolo á abandonar su botín y á asilarse en los montes, donde escapó de ser capturado por el caudillo oriental.

La presencia de Rivera en el Norte, se singularizó por la actividad y buena fortuna con que procedió en sus operaciones militares. Curado, que, como hemos dicho, se hallaba en Purificación, se vió obligado á emprender la retirada buscando un sitio seguro que lo pusiera al abrigo de las constantes hostilidades de Rivera, que en varias ocasiones había avanzado hasta su mismo campamento, arrebatándole elementos de movilidad y pertrechos de guerra y causándole sensibles bajas en las filas de su ejército.

Al efecto, se dirigió al Norte, acampando en el rincón de Corralito, inmediato al Salto, desde donde sólo se movió meses más tarde á instancias de Lecor, que lo

auxilió desde el río, — que dominaba con sus buques, — para conducir el bagaje pesado. Asimismo, Curado no se atrevió á internarse en el país, y bajando por la costa del Uruguay, fué á encerrarse en el Rincón de las Gallinas, cuya entrada fortificó, para precaverse de una sorpresa de los orientales. De este modo, á pesar de todas las ventajas obtenidas, los dos poderosos ejércitos invasores volvieron á quedar encerrados uno en el Rincón y el otro en Montevideo.

3. — Al empezar el año 1819 la resistencia de los orientales á la invasión portuguesa tocaba á su término. Á la deserción del batallón de libertos y de la artillería, que obligó á Otorgués á levantar el asedio de Montevideo, se agregó el sometimiento de los jefes que operaban en Colonia, San José, Canelones y Maldonado, que con sus divisiones acataron la autoridad de Lecor. Sólo permanecían en el teatro de la lucha, Artigas, Latorre y Rivera al Norte del río Negro, y el esforzado Andresito que se batía denodadamente con los portugueses en las Misiones occidentales.

Los portugueses y sus aliados de Buenos Aires, creían sin duda que ya podrían entregarse tranquilos á saborear el fruto de sus victorias los primeros, y el de su traición á la causa republicana los segundos; sin embargo, el viejo león oriental daría su último y poderoso zarpazo antes de caer vencido para siempre.

Al promediar el año 19, Artigas enviaba á Ramírez, López y Campbell, con una columna de entrerrianos, santafesinos, correntinos y orientales, á destruir en la misma metrópoli argentina el centro de resistencia al federalismo y el nido de los traidores que habían promovido la invasión portuguesa; al mismo tiempo llamando á sí á sus diseminadas tropas en la Banda Oriental, operaba un movimiento rápido de concentración, para, en combinación con Andresito, caer sobre las descuidadas guarniciones de Río Grande é internarse hasta Puerto Alegre, llevando el rigor de la guerra al país enemigo.

Andresito, se había abierto paso, sable en mano, entre los portugueses que lo tenían rodeado en San Carlos (Misiones) y vadeó

el Uruguay para cooperar á la invasión de Artigas; pero después de nuevas hazañas, cayó prisionero, dispersándose sus soldados.

Rivera, acosado por numerosa columna enemiga, se vió imposibilitado de concurrir de nuevo al teatro de la lucha, y Artigas, á pesar de estos contratiempos, realizó su proyecto, invadiendo, secundado por Latorre y Verdún.

Á mediados de diciembre atacó al Coronel Abreu, que con una fuerte columna le salió al encuentro, y lo batió completamente en la costa del río Santa María, en territorio ríograndense.

Desde el campo de la victoria, Artigas dirigió dos notas: una al Cabildo de Buenos Aires, brindándole la paz y la concordia; y otra al Congreso de las Provincias Unidas, exigiéndole que velara por los intereses de la Nación á fin de que no corriera más sangre americana, y responsabilizándolo ante la soberanía de los pueblos, por su indiferencia en la lucha contra los portugueses.

Y mientras los tenientes del Protector

de los Pueblos Libres, avanzaban triunfalmente sobre Buenos Aires, su estrella se eclipsaba en el territorio oriental.

Los portugueses al tener conocimiento de la invasión, y del combate de Santa María, reunieron dos fuertes divisiones y lo obligaron á ponerse en retirada, malográndose así los resultados de la victoria.

El 22 de enero de 1820, en la costa de Tacuarembó, Latorre, en ausencia de Artigas que había delegado en él el mando del ejército, se vió obligado á batirse con sólo 2.000 soldados contra más de 4.000 portugueses. En esa batalla los orientales fueron vencidos, dejando ochocientos muertos y heridos sobre el campo, lo que prueba el ardor con que se combatió en aquel aciago día.

La batalla de Tacuarembó concluyó con el poder militar de Artigas y fué la última de aquella memorable lucha. Éste se dirigió á Entre Ríos y Corrientes, para reunir elementos de guerra con que seguir la defensa del suelo de la patria; pero allí le esperaban nuevos reveses.

CAPÍTULO XI

SUMARIO: 1. La caída del gobierno porteño y los tratados del Pilar. — 2. Lucha con Ramírez. — 3. Artigas se asila en el Paraguay. — 4. Fallecimiento de Artigas. — 5. Honores á su memoria.

1. — Al mismo tiempo que sucesos adversos para los orientales daban término á la lucha empezada á fines de 1816, los tenientes de Artigas, Estanislao López, santafesino; Francisco Ramírez, entrerriano y Pedro Campbell, irlandés al servicio del Protector, con una columna de caballería, llegaban hasta las puertas de Buenos Aires, y en los campos de Cepeda, el 1.º de febrero de 1820, derrotaron á las tropas porteñas que habían salido á contener la invasión; este combate en que cayó envuelto en la derrota el mismo jefe del Gobierno, causó la caída de éste y de los políticos que por odio á las ideas de Artigas habían promovido la invasión portuguesa á la Provincia Oriental.

El nuevo Gobierno instalado después de Cepeda, abrió negociaciones con los jefes federales, y se ajustaron las bases para pacificar el país. Las tropas artiguistas penetraron á Buenos Aires y, desfilando por las calles de la metrópoli argentina, fueron á atar sus potros en las rejas que circundaban la pirámide de Mayo.

Las negociaciones de paz, conocidas por tratados del Pilar, por el nombre del lugar donde fueron concluídas, contenían cláusulas públicas y secretas. Sarratea, aquel antiguo enemigo de Artigas en el Ayuí y en el sitio de Montevideo, ocupaba el gobierno encargado de pactar con los jefes federales. Como es consiguiente, trató de anular la influencia poderosa del Protector, despertando ambiciones desmedidas en el alma de Ramírez, jefe principal de las tropas federales.

Por las cláusulas públicas de los tratados del Pilar, establecían los contratantes «que habiéndose pronunciado el voto de la Nación en favor del régimen federal de gobierno, lo admitían de hecho, mientras se declaraba por diputados electos popular-

mente, y á cuyas deliberaciones se sometían.» También se establecía, hasta donde las circunstancias permitían hacerlo, en un documento destinado á publicarse, la cooperación futura contra los portugueses. Y por último se invitaba á Artigas «á entablar las relaciones que pudieran convenir á la Provincia de su mando, cuya incorporación á las demás federales, se miraría como un dichoso acontecimiento.» Por las cláusulas secretas se daban elementos á Ramírez para combatirlo, poniendo á disposición del jefe entrerriano, abundante material de guerra, dinero y soldados.

2. — El general Artigas, á quien fueron sometidos los tratados del Pilar, les negó su aprobación y censuró á Ramírez por haber entrado en tratos indebidos con el gobierno porteño. Ramírez contestó negando la existencia de los tratados secretos, y, rotas las relaciones entre ambos, Artigas marchó á someter á su rebelado teniente.

En el primer encuentro, Ramírez huyó en derrota, perseguido por las lanzas artiguistas, y se encerró en la población del

Paraná. Artigas atacó con su brava caballería, yendo á estrellarse contra las fortificaciones defendidas por artillería é infantería de los porteños, auxiliares de Ramírez.

La lucha se renovó, y en Entre Ríos, en Corrientes y en Misiones, combatieron tenazmente ambos enemigos, hasta caer vencido el Protector, al mismo tiempo que los últimos héroes de la resistencia en la Banda Oriental, se sometían á los portugueses.

3. —El 23 de setiembre de 1820, Artigas acompañado de unos doscientos soldados atravesó el Paraná, buscando un asilo en el Paraguay. Al abandonar el suelo de sus hazañas, recordando á los orientales prisioneros de los portugueses, que vivían llenos de privaciones en la *Isla das Cobras*, en la bahía de Río Janeiro, se desprendió de su último dinero, unos 4.000 pesos, que un compatriota se encargó de entregar personalmente á Lavalleja y á los demás prisioneros confinados en aquel paraje.

Momentos antes de aquella eterna separación, abrazó al capitán Valdez, y pro-

nunció con voz conmovida estas solemnes palabras: «Hago votos por que mi patria llegue un día á alcanzar su libertad, y á ocupar el rango de pueblo independiente y soberano, que merece por sus sacrificios, y al que sus destinos lo llaman.»

Desde aquel día terminó la vida militar de Artigas, el heroico defensor de la autonomía é independencia de la patria.

El dictador Francia lo confinó á la aldea de Curuguatí, donde el primer general de los orientales se dedicó á cultivar la tierra. Sus escasos recursos los repartía entre los menesterosos, siendo de este modo, en su desgracia, el padre de los pobres, después de haber sido en sus días de gloria al protector de los pueblos. Acompañó á Artigas un moreno Martínez, llamado por sobrenombre Montevideo, que le servía de asistente.

Á la muerte del sombrío dictador, su sucesor López lo hizo residir cerca de la Asunción. Allí recibió la visita de muchas personas que el azar llevaba por aquel país. Entre otras, la del célebre general argentino José María Paz, y la de un joven ofi-

cial del ejército brasilero, que expresa así sus impresiones: «Por los arrabales de la Asunción existen muchas chacras. En una de ellas visité, hoy viejo y pobre, pero lleno de reminiscencias de gloria, á aquel guerrero tan temible antes en las campañas del Sur, el afamado don José Artigas. No me cansaba de estar frente á frente con este hombre temerario, de cuyas hazañas oí hablar desde mi infancia, y á quien de ha mucho reputaba muerto. Por su parte, no menos satisfecho se mostró el decadente viejo, al saber que á su habitación me conducía la fama de sus hechos. ¿Entonces, preguntóme risueñamente,mi nombre suena todavía en su país?» — Y como le contestase afirmativamente, repuso, después de pequeña pausa: «Es lo que me resta de tantos trabajos; hoy vivo de limosnas.»

Artigas rehusó volver al seno de la patria á pesar de las gestiones que en tal sentido hizo el general Rivera, quien mandó al Paraguay dos comisionados para repatriar al viejo caudillo. Se asegura que el general Oribe, hizo idénticas gestiones, con el mismo resultado.

El naturalista Aimé Bonpland, regaló al general Artigas un ejemplar de la Constitución de la República, que conservó siempre como una reliquia. Al recibir de manos de su amigo ese regalo, se emocionó tanto, que gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas; lo besó ardientemente y dijo que daba gracias á Dios, por haberle conservado la vida hasta ver á su patria independiente y libre.

Á Bonpland debemos los orientales el único boceto auténtico del Libertador, hecho durante la estadía del célebre naturalista en el Paraguay.

4. — El 23 de setiembre de 1850 falleció Artigas en su voluntario destierro, á la edad de 86 años. Sencillo fué el entierro del gran patriota. Ante su cuerpo inerte no desfilaron en marcial revista los ejércitos que más de una vez condujo al campo del honor y de la gloria; ni los pueblos cuya libertad conquistó al empuje irresistible de su brazo, velaron sobre su tumba. Pocas personas acompañaron hasta el sepulcro, los restos del hombre genial que dirigió durante diez años la revolución emancipa-

dora en esta parte de América, y cuyo nombre aclamaron los pueblos como el campeón de la democracia, desde las playas platenses hasta los primeros peldaños de la cordillera andina; pero el alma de la patria llorosa, estaba presente en aquel triste instante en que su cuerpo bajaba á la tumba, mientras su memoria venerada subía á las regiones de la inmortalidad.

El pueblo oriental, por el órgano de sus autoridades constituídas, repatrió en 1856 los restos de Artigas, que desde esa fecha descansan en el Panteón Nacional, bajo el cielo de la patria, y rodeados del cariño y de la gratitud de sus conciudadanos.

5. — La Asamblea Nacional, en 1883, mandó erigir una estatua ecuestre al general Artigas, estatua que se alzará en el centro de la plaza Independencia, de Montevideo. El pedestal será de granito de Las Piedras, sitio de su primera victoria. Por ley de septiembre de 1884, se declaró día de duelo nacional el 23 del mismo, aniversario del fallecimiento de Artigas. Llevan su nombre el departamento que está al noroeste de la República, la fortaleza que

corona el Cerro de Montevideo y un pueblo situado sobre el Yaguarón.

La ciudad de San José le ha levantado una estatua en una de sus plazas públicas, y en la meseta de Artigas, sobre el Uruguay, en las cercanías del Hervidero, su antiguo Cuartel General, los ciudadanos de Paysandú y Salto han perpetuado también en el bronce, la memoria del Protector de los Pueblos, levantando sobre la histórica meseta, una columna coronada por el busto del Libertador.

CAPÍTULO XII

SUMARIO: 1. Término de la lucha con los portugueses. — 2. El Congreso Cisplatino. — 3. La dominación portuguesa. — 4. El grito de Ipiranga. Su repercusión en Montevideo. El Cabildo trata de sacudir el yugo extranjero. Lusitanos y brasileros.

1. — La guerra de la invasión portuguesa tocaba á su término al empezar el año 1820, como se ha visto en el capítulo anterior: toda resistencia había desaparecido al Sur del río Negro, donde el Cabildo de Montevideo se había atraído á los pocos jefes que quedaban en armas después del tristemente famoso episodio de la deserción de las tropas de Bauzá y los Oribe, y de la defección de García de Zúñiga que entró á servir á los intrusos. Otorgués, Lavalleja, Bernabé Rivera, Manuel Francisco Artigas y Andresito, estaban prisioneros y eran conducidos al destierro para expiar en las prisiones de la Isla das Cobras, en Río Janeiro, su firme adhesión á

la patria. Sólo quedaban en el teatro de la lucha, Rivera, que al frente de su división se mantenía sobre el río Negro, al Norte, y Artigas que con Latorre acababa de obtener su espléndida pero efímera victoria de Santa María, y que, acosado por fuerzas superiores, venía en retirada sobre el territorio oriental, para caer vencido, antes de terminar el mes de enero, en los campos de Tacuarembó. Rivera, que había pactado una suspensión de hostilidades por intermedio de los delegados del Cabildo de Móntevideo, se sometió definitivamente á los portugueses, y el 2 de marzo de 1820 envainaba su espada y licenciaba sus tropas, convencido de que la lucha había terminado militarmente, y de que serían inútiles los patrióticos esfuerzos de los que quisieran renovarla por el momento.

2. — La conquista portuguesa estaba realizada. El país — aniquilado por diez años de guerra que habían agotado sus recursos y reducido su población de una manera considerable; sin industria, sin agricultura, sin comercio y con las haciendas dispersadas en la soledad de la campaña, —

no podía más que someterse á la voluntad del dominador, ya que los esfuerzos realizados habían sido inútiles contra la potencia de las armas y la habilidad de las intrigas.

Fué entonces cuando la Corte del Brasil trató de legitimar su conquista por medio de un congreso que reflejase, aparentemente, la voluntad de los pueblos. Pero la voluntad de los pueblos se había manifestado ya, de una manera elocuente, en los campos de batalla y no podía ser desmentida por las deliberaciones de un congreso nombrado bajo la presión de las bayonetas extranjeras, que obedecía á la influencia de los dominadores y no á la corriente libre y exacta de las aspiraciones populares.

El Congreso, llamado Cisplatino, se reunió en efecto; respondiendo á la convocatoria que el Barón de la Laguna hizo en nombre de su soberano.

El 18 de julio de 1821, se instaló en Montevideo ese Congreso general extraordinario, y después de varias sesiones, en que se discutió largamente lo que más convenía á los intereses de la Provincia, acordó, con

fecha 31 del mismo mes, un pacto de incorporación al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves, dando al nuevo Estado el nombre de *Cisplatino.*

Por el artículo 2.° de dicho pacto, que fué aprobado por el general Lecor en nombre de su Gobierno, se establecían como límites del Estado Cisplatino: «por el este, el océano Atlántico; por el sur, el río de la Plata; por el oeste, el río Uruguay, y por el norte y nordeste, el río Cuarein hasta la cuchilla de Santa Ana que divide aguas al río de Santa María y al río Tacuarembó Grande, siguiendo á las puntas del Yaguarón, y éste hasta la laguna Merín, el San Miguel, y el Chuy que desemboca en el Océano; sin perjuicio de la declaración que el Congreso General del Reino, con audiencia de los diputados orientales, hiciera sobre el derecho que pudiera corresponder al Estado Cisplatino á los campos comprendidos en el tratado de 1777.»

Como se ve, por esta declaración del Congreso Cisplatino, aceptada por el general Lecor á nombre de su Gobierno, quedaba anulado un tratado secreto, realizado entre

este general y el Cabildo de Montevideo en el año 1819, por el que se cedía á la Capitanía de Río Grande, la parte del territorio comprendida entre los ríos Cuarein y Arapey, á cambio de un empréstito que había hecho al Cabildo de Montevideo para mejoras locales, y del ofrecimiento de dinero para concluir el faro de la isla de Flores.

Los diplomáticos brasileros pretendieron en épocas posteriores, resucitar el tratado de 1819, que, además de ser nulo, — pues el Cabildo de Montevideo no tenía facultad para hacer cesiones de territorio, — había quedado sin efecto por el acta de incorporación de 1821.

Mucho se ha escrito y se ha dicho sobre la actitud del Congreso Cisplatino; pero cualesquiera que sean los juicios que la posteridad forme sobre él, no podrá menos de reconocerse que, á pesar de su sumisión á los conquistadores, sus sentimientos patrióticos no se habían extinguido, y trataba, no sólo de fijar los límites de la patria, sino también de poner en discusión los derechos de los portugueses, sobre los

territorios usurpados cuando la ocupación de las Misiones en 1801.

3.— Pacificada, del modo que acabamos de ver, la Provincia Oriental, la dominación extranjera no consiguió sofocar el espíritu nacional, á pesar de los esfuerzos de los intrusos por hacer menos pesado el yugo á que estaba sometido el pueblo. Los presos políticos fueron devueltos á sus hogares, y en la capital, el generalísimo portugués y sus subalternos, trataron de estrechar relaciones sociales, vinculándose al país por lazos de familia; pero en la campaña sus habitantes permanecían en actitud de hostilidad al conquistador.

«Desde que el Barón de la Laguna hizo su entrada en la capital, no hubo más gobierno que el de su voluntad, pues si bien es cierto que respetó los fueros del Cabildo, no es menos verdad que puso especial cuidado en que los miembros de este cuerpo municipal respondiesen á sus planes de dominio absoluto, y como Lecor era hombre hábil, astuto y de rara amabilidad, le fué fácil sorprender la buena fe de los ingenuos cabildantes, impregnados de aquella

franqueza, sinceridad y honradez que fué la mejor herencia que legó la educación española.» (1)

Entre el elemento culto que rodeó al general Lecor, se contaba el ilustrado sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga, de quien nos hemos ocupado ya al narrar la inauguración de la Biblioteca Pública en mayo del año 16. Larrañaga consiguió fundar la Sociedad Lancasteriana, que con su nuevo sistema de enseñanza mutua, señalaba una evolución en la antigua escuela primaria. La enseñanza mutua se suministraba por el profesor á un número determinado de monitores y éstos la trasmitían al resto de los alumnos. La escuela Lancasteriana funcionó desde 1821 hasta 1825 en que el estado de guerra en que se encontraba la Provincia hizo imposible su subsistencia.

En el orden material, la dominación extranjera se singularizó por la falta absoluta de iniciativas para encarrilar al país por la senda del progreso.

«Desde que ocuparon los portugueses á

(1) Orestes Araújo.—*La Escuela Uruguaya, tomo 1.º*

Montevideo, dice un historiador de esa nacionalidad, ni una sola obra pública se emprendió y aunque algunos individuos se enriquecieron por la presencia de un numeroso ejército mantenido por el Brasil, la mayor parte de los propietarios se hallaban arruinados. Los suburbios de la capital estaban completamente arrasados, debido á los hechos de armas que en ellos habían tenido lugar. Temían tanto los portugueses los inesperados ataques de los orientales, que en muchas millas de distancia al interior ninguna casa ni arbolado fué nunca reparado, de modo que todos los alrededores de la ciudad parecían un desierto.»

En la campaña, el ganado vacuno y caballar había mermado de un modo considerable, debido al estado de guerra en que se había encontrado el país y á las frecuentes invasiones de los ríograndenses limítrofes, que arreaban con todo lo que encontraban á su paso, aprovechando la falta de vigilancia en la zona fronteriza.

4. — El 7 de septiembre de 1822 el Príncipe Regente del Brasil dió el famoso grito

de Ipiranga, declarando la Independencia de la antigua colonia portuguesa y coronándose pocos días después con el título de Emperador del Brasil. Este suceso repercutió hondamente en Montevideo. Lecor, en combinación con el nuevo Emperador, habíase preparado de tiempo atrás para incorporar la Cisplatina al Imperio, mientras Álvaro da Costa, jefe de las fuerzas portuguesas, fluctuaba entre entregar Montevideo á España, ó devolverlo al Cabildo de acuerdo con lo convenido al entrar en la plaza en 1817 las tropas extranjeras. El Gobierno de Buenos Aires creía también propicia la ocasión para incorporar á su dominio la codiciada Provincia, á cuyo efecto mandó comisionados á Río Janeiro, pero no tuvo efecto la misión, porque Pedro I quería conservar como suya la Cisplatina.

Los orientales, por su parte, se habían dividido en dos bandos: unos rodeaban al Cabildo, que gestionaba del portugués la entrega de Montevideo, y había armado cuerpos cívicos dentro de la plaza; y otros se habían declarado por la incorporación

al Brasil, rodeando á Lecor, que, puesto en campaña, sostenía la causa del Emperador. Rivera y el Regimiento de Dragones de la Unión, se encontraban entre los segundos, y Manuel Oribe, al mando de un cuerpo de cívicos, con los primeros. Por una rara coincidencia, se venían á encontrar defendiendo ideas contrarias, los dos futuros jefes de los partidos que en el porvenir dividirían la familia oriental. El Cabildo envió comisionados á Rivera para que se plegara á su causa, pero este jefe manifestó que el Pueblo Oriental no estaba en aptitud todavía para constituirse en Estado independiente, como era la antigua aspiración de los verdaderos patriotas.

Lecor, que se había retirado á San José, formalizó el asedio de Montevideo, estableciendo en Maldonado la capital provisoria de la Provincia Cisplatina. Lavalleja, que en los primeros momentos había abrazado la causa imperial como segundo jefe del Regimiento de Dragones de la Unión, abandonó ésta y se plegó al Cabildo; intentó hacer reuniones en campaña, pero fué

corrido por Rivera, quien lo obligó á emigrar á Entre Ríos.

Entre tanto que las negociaciones entre el Cabildo y el general portugués continuaban activamente, comisionados de aquella autoridad buscaban el apoyo de los gobiernos de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, pero sus resultados fueron negativos. Por último, el general da Costa pactó con Lecor, á fines de 1823, la entrega de Montevideo á los imperiales, embarcándose poco después con sus tropas para Portugal, y dejando burladas las esperanzas de los que en él habían confiado. Días antes de este suceso, el Cabildo de Montevideo, que sin duda veía ya cual sería la resolución del portugués, había convocado al pueblo de la ciudad y extramuros, el cual resolvió colocar á la Provincia bajo la protección del Gobierno de Buenos Aires, declarando, al mismo tiempo, nulos todos los actos de incorporación á otra nación que no fueran las Provincias del Río de la Plata.

CAPÍTULO XIII

SUMARIO: 1. La Cruzada libertadora. — 2. Concurso patriótico de las damas orientales. — 3. Pasada de los Treinta y Tres.—4. Adhesión de Rivera. — 5. Instalación del Gobierno Provisorio. — La Asamblea de la Florida. — Declaratoria de la Independencia. — Acta de incorporación á las Provincias Unidas. — 6. Primeros pasos para la abolición de la esclavitud.

1. — Algún tiempo antes de realizarse los sucesos que acabamos de narrar, se había constituído en Montevideo una sociedad secreta con el título de *Caballeros Orientales*, cuyo fin patriótico era sacudir el yugo de la dominación extranjera. La indecisión del general portugués, había alentado á los Caballeros Orientales, creyendo que éste entregaría Montevideo al Cabildo, y, alentados por esta esperanza, buscaron el apoyo de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fé, sin éxito, como se ha visto. Sin embargo, no desmayaron en su propósito y siguieron sigilosamente sus trabajos en pro de la idea que perseguían.

Lavalleja, que se hallaba emigrado en Buenos Aires, en unión con Luis Ceferino de Latorre, Pablo Zufriategui, Manuel Freire, Simón del Pino, Manuel Oribe, Manuel Lavalleja, Atanasio Sierra y Manuel Meléndez, orientales, igualmente emigrados, empezaron, al finalizar 1824, á trabajar activamente con el propósito de provocar un movimiento insurreccional en la Banda Oriental, logrando interesar á algunos argentinos de significación, aunque el Gobierno de Buenos Aires se mostrara, sino contrario, cuando menos indiferente ante tales trabajos. — En combinación con los orientales existentes en Montevideo, que simpatizaban con la idea, se allegaron algunos recursos de dinero y armas, al mismo tiempo que se sondeaba la opinión de Rivera, quien, si bien al principio se mostró contrario al movimiento porque dudaba del buen éxito final, concluyó por ofrecer su apoyo una vez que aquel movimiento se realizara. Otros comisionados recorrieron la campaña buscando la cooperación de algunos vecinos y militares de influencia, á la

vez que preparaban los medios de movilidad para los futuros invasores.

Al efecto encontraron en la costa del Uruguay al hacendado Tomás Gómez, que ofreció proporcionar los caballos para los libertadores.

Preparados todos los preliminares de la invasión, Lavalleja y sus compañeros abandonaron las playas argentinas, y, ocultándose de los barcos brasileros que vigilaban la boca del Uruguay, llegaron á una isla del delta del Paraná (Brazo Largo) donde, incorporados todos los futuros invasores, esperaron la señal que desde la costa cercana les debía hacer Tomás Gómez, anunciando estar esperándolos. — Como Gómez había venido á la costa varias noches, se había hecho sospechoso á los brasileros y tuvo que ocultarse. Los hermanos Ruiz, vecinos de Gómez, reemplazaron á éste é hicieron en el momento oportuno las señales convenidas.

2. — En Montevideo se hacían á la vez trabajos sigilosos para sublevar parte de la guarnición. La distinguida señora Josefa Oribe de Contucci, había conseguido la

adhesión de los sargentos de un batallón de pernambucanos, quienes simpatizaban con las ideas republicanas y se comprometieron en favor de la causa de los orientales. — Verificada la invasión y cuando Lavalleja coronaba con los libertadores el Cerrito de la Victoria, hubo de producirse la anunciada sublevación, que fué sofocada, huyendo al campo patriota los sargentos que pudieron escapar. Este episodio demuestra que el fuego del patriotismo se mostraba vivo hasta en la mujer oriental, que se asociaba á empresas arriesgadas, cuando hablaba á su corazón la voz de la patria. La señora Oribe de Contucci, como doña Ana Monterroso de Lavalleja, doña Bernardina Fragoso de Rivera y otras distinguidas damas orientales, habían dado pruebas de su patriotismo desde la época de la Independencia, como las dieron durante las luchas con portugueses y brasileros.

3. — El 19 de abril de 1825, Lavalleja y sus compañeros en número de treinta y tres, guiados por las señales de los hermanos Ruiz, cruzaron el Uruguay y desembarcaron en las playas de la Agraciada, dis-

puestos á verter su sangre en pro de la emancipación de la patria.

Estos treinta y tres ciudadanos, cuya memoria será inmortal en nuestros fastos nacionales, fueron: Juan Antonio Lavalleja, comandante y jefe de la cruzada, Pablo Zufriategui, Manuel Oribe, Simón del Pino, Manuel Lavalleja, Jacinto Trápani, Manuel Freire, Gregorio Sanabria, Santiago Gadea, Manuel Meléndez, Atanasio Sierra, Pantaleón Artigas, Juan Spikerman, Celedonio Rojas, Avelino Miranda, Andrés Spikerman, Ramón Ortiz, Juan Ortiz, Ignacio Núñez, Carmelo Colmán, Santiago Nievas, Juan Rosas, Juan Acosta, Luciano Romero, Andrés Cheveste, Joaquín Artigas, Dionisio Oribe, Tiburcio Gómez, Miguel Martínez, José Leguizamón, Francisco Romero, Juan Arteaga y Noberto Ortiz.

El capitán Basilio Araújo, formaba parte de la hueste libertadora, pero no desembarcó con sus compañeros, pues había ido á Entre Ríos en comisión de Lavalleja á avisar á Andrés Latorre, que debía invadir por el Norte, y se incorporó

el mismo día y en el sitio del desembarco, por cuyo motivo fué siempre considerado como uno de los Treinta y Tres y gozó de los premios y distinciones que se acordaron á éstos.

Una vez hechos los primeros preparativos para emprender la campaña y suministrados los caballos por los hermanos Ruiz, los Treinta y Tres se pusieron en marcha, después de desplegar al viento el pabellón tricolor: rojo, blanco y azul, ostentando en la faja blanca la leyenda: *libertad ó muerte*, símbolo del juramento que acababan de hacer al pisar las playas de la patria.

En las cercanías de Dolores se apareció el coronel Julián Laguna, entonces al servicio del Imperio, é invitado á formar en las filas patriotas, se negó, por cuyo motivo hubo un ligero tiroteo que terminó con la dispersión de la gente de aquel jefe, incorporándose á Lavalleja muchos orientales.

4. — El día 29 se encontraba Lavalleja por las puntas de Monzón, jurisdicción de Soriano, cuando se le avisó que se acercaba

el general Rivera con una fuerte escolta. La tradición dice que Lavalleja sorprendió á Rivera y lo tomó prisionero; pero la verdad histórica, corroborada por documentos fehacientes, establece que ambos caudillos estaban de acuerdo, y que se hizo la farsa de la aprehensión para no aparecer pasándose Rivera espontáneamente á sus compatriotas.

Después de una breve conferencia entre Lavalleja y Rivera, éste fué reconocido como segundo jefe del ejército libertador.

La adhesión de Rivera á la causa revolucionaria fué de resultados decisivos, por el inmenso prestigio de que gozaba; en pocos días toda la campaña oriental estaba en armas y las filas de los libres engrosaban de una manera considerable. Vencidas y prisioneras las fuerzas brasileras que salieron al encuentro de los orientales, Lavalleja hacía flamear, el 7 de mayo la bandera tricolor sobre la cumbre del Cerrito de la Victoria.

5. — Establecido el asedio de la plaza de Montevideo por las armas revolucionarias y dominado todo el país, Lavalleja trató de

constituir un Gobierno provisorio. El 14 de junio se reunían en la Florida los diputados elegidos por los pueblos de la Provincia Oriental, y después de constituída la Asamblea, presidida por el respetable patriota Manuel Calleros, Lavalleja declaró instalado el Gobierno de la Provincia, dando cuenta en seguida de las operaciones de guerra, y depositando en la nueva autoridad constituída, el mando supremo que había asumido desde el día en que desembarcó en las playas de la Agraciada. Con este hermoso ejemplo de sometimiento á la voluntad soberana de los pueblos, imitaba la actitud patriótica del general Artigas ante el Congreso de 1813.

El Gobierno provisorio confirmó en el mando en jefe del Ejército Libertador al general Lavalleja; nombró Inspector General de Armas al general Rivera, y mandó convocar á los pueblos para la elección de Representantes.

El 25 de agosto se instaló en la misma villa de la Florida, la Sala de Representantes, y firmó la célebre acta declaratoria

de la Independencia, cuyo tenor es el siguiente:

Florida, Agosto 25 de 1825.

«La Honorable Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Río de la Plata, en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente inviste para constituir la existencia política de los pueblos que la componen y establecer su independencia y felicidad, satisfaciendo el constante, universal y decidido voto de sus representados, después de consagrar á tan alto fin su más profunda consideración, obedeciendo á la de su íntima conciencia, en el nombre y por la voluntad de ellos, sanciona con valor y fuerza de ley fundamental, lo siguiente:

»1.° Declara írritos, nulos, disueltos y de ningún valor, para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza, unida á la perfidia de los intrusos poderes del Portugal y el Brasil, que la han tiranizado, hollado y

usurpado sus inalienables derechos y sujetádola al yugo de un absoluto despotismo, desde el año 1817 hasta el presente de 1825. Y por cuanto, el Pueblo Oriental aborrece y detesta hasta el recuerdo de los documentos que comprenden tan ominosos actos, los magistrados civiles de los pueblos, en cuyos archivos se hallan depositados aquéllos, luego que reciban la presente disposición, concurrirán el primer día festivo, en unión del párroco y vecindario, y con asistencia del Escribano, Secretario ó quien haga sus veces, á la Casa de Justicia, y, antecedida la lectura de este Decreto, se testará y borrará desde la primera línea hasta la última firma de dichos documentos, extendiendo en seguida un certificado que haga constar haberlo verificado, con el que deberá darse cuenta oportunamente al Gobierno de la Provincia.

»2.° En consecuencia de la antecedente declaración, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del

Rey de Portugal, del Emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime convenientes.

»Dado en la Sala de Sesiones de la Representación Provincial, en la Villa de San Fernando de la Florida, etc.—Juan Francisco de la Robla, Presidente, Diputado por el Departamento de Guadalupe.—Luis E. Pérez, Vicepresidente, Diputado por el Departamento de San José. — Juan José Vázquez, Diputado por el Departamento de San Salvador. — Joaquín Suárez, Diputado por el Departamento de Florida. — Manuel Calleros, Diputado por el Departamento de Nuestra Señora de los Remedios. — Juan de León, Diputado por el Departamento de San Pedro. — Carlos Anaya, Diputado por el Departamento de Maldonado. — Simón del Pino, Diputado por el Departamento de San Juan Bautista. — Santiago Sierra, Diputado por el Departamento de las Piedras. — Atanasio Lapido, Diputado por el Departamento del Rosario. —Juan Tomás Núñez, Diputado por el De-

partamento de las Vacas. — Gabriel Antonio Pereira, Diputado por el Departamento de Víboras. — Felipe Álvarez Bengochea, Secretario».

El mismo día 25 de agosto, la Asamblea de la Florida dictó otra ley declarando unida la Provincia Oriental, á las Provincias Unidas del Río de la Plata; por ser, decía, la libre y espontánea voluntad de los pueblos. Acto continuo nombró dos delegados á la Asamblea General de las Provincias, que no fueron recibidos por el momento, por temer el Gobierno de Buenos Aires las complicaciones que podían sobrevenir con el del Brasil, en el caso de hacerlo.

Fué necesario que la voz de los orientales se hiciera oir con el clarín victorioso del Rincón y Sarandí para que el Gobierno de las Provincias Unidas aceptara la incorporación de los diputados orientales.

6. — La Asamblea de la Florida dictó varias leyes necesarias para la organización del país; merece especial mención la de septiembre de 1825, por la que se daba el primer paso para la abolición de la escla-

vitud de los negros, institución que regía en todos los pueblos de América desde los primeros tiempos de la colonización. Por aquella ley se declaró libres á todas las personas que nacieran en adelante en nuestro territorio.

Esa benéfica resolución tuvo su complemento necesario años después; en 1842, la Asamblea General abolió definitivamente la esclavitud, estableciendo que ya no había esclavos en la República; hermosa declaración, que igualaba en derechos con sus semejantes, á los que durante siglos habían soportado el yugo ignominioso á que los sujetaron ideas inhumanas, hijas de una época de atraso.

CAPÍTULO XIV

SUMARIO: 1. Batallas del Rincón y Sarandí. — 2. Asalto y toma del fuerte de Santa Teresa. — 3. El Gobierno Argentino se decide en favor de los orientales.

1. — En los primeros días de septiembre el general Rivera, que había tenido que emprender una retirada desde las inmediaciones de Mercedes, se incorporó á Lavalleja; y puestos de acuerdo convinieron en que aquél, después de reforzado con la división del coronel Andrés Latorre, se dirigiría nuevamente sobre el general Abreu, que estaba acampado en las inmediaciones de aquella población.

Á mediados de septiembre marchó la columna patriota, y el general Rivera, dejando el mando de ella al coronel Latorre, se puso al frente de 250 hombres escogidos y se dirigió al *Rincón de las Gallinas*, donde los brasileros habían reconcentrado ocho mil caballos. El plan del general patriota era apoderarse de ellos y dejar sin elemen-

tos de movilidad á las fuerzazs de Abreu, que permanecía en Mercedes vigilado por Latorre; lo que realizó, obteniendo á la vez una señalada victoria sobre los imperialistas. (1)

---

(1) El 24 de septiembre, Rivera entraba al Rincón, y después de un ligero combate se apoderó de las caballadas, tomando algunos soldados prisioneros. Se retiraba el jefe oriental con el resultado feliz de su expedición, conseguido con tanta felicidad, cuando se le avisó por sus avanzadas, que una considerable fuerza enemiga se presentaba á la vista.

Era la división del coronel Jardín, compuesta de unos 800 hombres, que iba buscando la incorporación de Abreu y que ignoraba la presencia de Rivera por aquellas inmediaciones.

Difícil era la situación del jefe oriental: encerrado en el Rincón con sólo 250 hombres, tenía á su frente una columna de 800, y en las cercanías el poderoso ejército de Abreu. Pero el valor de los independientes sabía salvar aun las situaciones más comprometidas.

Con esa concepción rápida que sus contemporáneos reconocían en el bravo jefe que mandaba á los patriotas, Rivera resolvió llevar un ataque decisivo á los brasileros, antes que éstos se dieran cuenta de la pequeña fuerza que tenían á su frente.

Dividida su tropa en dos columnas, entraba Jardín en el Rincón, cuando fué sorprendido por una rápida carga que sable en mano le llevaron los orientales: la primera columna fué deshecha completamente, quedando muerto su jefe, y la segunda división formó cuadro preparando sus tercerolas.

Rivera avanzó resueltamente al frente de sus bravos soldados, y los sables de los patriotas sembraron la muerte y el pavor en las filas brasileras.

De la brillante columna que horas antes era una esperanza para el enemigo, sólo Jardín con una veintena de hombres había conseguido escapar ileso: el resto de ella yacía tendida sobre el campo de batalla ó era prisionera de los orientales.

Con más de 500 prisioneros, fruto espléndido de la jornada del Rincón, y algunos miles de caballos, se alejó Rivera de aquellos campos que acababa de hacer famosos en la historia nacional, y después de incorporado á Latorre se dirigió al Dnrazuo.

Al mismo tiempo que Rivera vencía á los imperiales en el Rincón, por la frontera penetraba una columna de caballería río-grandense, al mando del coronel Bentos González, la que en unión con otras, debía batir á los orientales, según los cálculos de Lecor.

Llegada á conocimiento de este general la noticia del triunfo de Rivera sobre las fuerzas de Jardín, despachó al coronel Bentos Riveiro con toda la caballería que le quedaba en Montevideo, con orden de incorporarse á aquella columna, y juntos batir á Lavalleja antes de que Rivera se le uniese.

Reunidas las dos divisiones imperiales, compuestas de más de dos mil hombres de caballería regular, se dirigieron á cumplir la primera parte de su plan de campaña, buscando á Lavalleja que se hallaba acampado en la costa del arroyo de la Cruz, en el actual departamento de Florida.

Lavalleja, que tuvo conocimiento de la marcha de los imperialistas, destacó al comandante Manuel Oribe en observación de éstos, y comunicó á Rivera, que se hallaba

en el Sarandí, que esperara en ese paraje su incorporación, incorporación que, dada la rapidez de los patriotas, no pudo ser evitada por las divisiones brasileras.

Al amanecer el memorable 12 de octubre de 1825, los imperialistas se dejaban ver en numerosos escuadrones, coronando las cuchillas que derraman sus aguas al Sarandí por su margen izquierda, mientras los orientales tomaban las disposiciones necesarias para entrar en pelea.

El ejército patriota fuerte de dos mil hombres de caballería y una pieza de cañón, se componía de algunos regimientos organizados y varias divisiones de milicias.

El general Lavalleja era el jefe superior de la línea, secundado por el general Rivera, coroneles Latorre, Oribe, Zufriategui, Laguna, Olivera y otros.

Los brasileros, contando de antemano con el triunfo, pasaron el Sarandí en el paraje denominado la Horqueta, y tendieron su línea de batalla frente al ejército oriental.

En ese instante solemne, el general Lavalleja proclamó á sus soldados, reco-

rriendo las filas á gran galope. Sus palabras entusiastas electrizaron á los soldados de la patria, y á la voz de: *carabina á la espalda y sable en mano*, se lanzaron á la carga, despreciando el fuego del enemigo, que los recibió con nutridas descargas.

Los soldados orientales, — dice el general Lavalleja, detallando aquel memorable hecho de armas, — siguieron inalterables hasta desordenar á sablazos toda la línea enemiga, que no pudiendo resistir la bravura de los libres, se retiró en completo desbande, dejando más de dos leguas de campo cubierto de cadáveres.

Del otro lado del Sarandí los brasileros pudieron reunir algunos dispersos, que con 400 soldados del regimiento de Río Pardo, se rindieron al general Rivera.

Los trofeos de la jornada fueron considerables, y el efecto moral de la victoria de gran resultado para la causa de la patria. Los orientales acababan de dar al mundo el testimonio de su valor y de su fuerza para conquistar la libertad.

2. — El año 1825, que tan famoso debía ser en la historia de nuestro país, terminó

con otra victoria memorable. Después de la batalla del Sarandí, el general Lavalleja había destacado hacia los departamentos del Este al coronel Leonardo Olivera, al mando de la división de Maldonado.

Los brasileros ocupaban el fuerte de Santa Teresa y tenían en él una regular guarnición. El coronel Olivera resolvió atacarla, y en la madrugada del 31 de diciembre sorprendió la guarnición brasilera y se apoderó de la fortaleza, que fué abandonada por el enemigo.

3. — La noticia de los sucesivos triunfos obtenidos por los orientales inclinó en su favor la voluntad del Gobierno Argentino; el acta de incorporación decretada por la Asamblea de la Florida fué aceptada, y se reconoció á los diputados enviados por ésta.

La campaña había quedado en poder de las armas patriotas después de los últimos triunfos obtenidos, y los brasileros estaban reducidos á las plazas de Montevideo y la Colonia.

CAPÍTULO XV

SUMARIO: 1. Los argentinos intervienen en la lucha. — 2. Invasión al Rió Grande. — 3. Batalla de Ituzaingó. — 4. Camacuá. — Rechazo de la Convención García. — Renuncia de Alvear y nombramiento de Lavalleja. — 5. Labor del Gobernador Delegado y de la Asamblea Nacional.

1. — La victoria de Sarandí tuvo simpática repercusión en Buenos Aires, donde una gran parte del pueblo hacía esfuerzos para que el Gobierno Argentino interviniera en la guerra en favor de los orientales. El Emperador del Brasil se apresuró á romper las relaciones amistosas entre ambas naciones, y el 10 de diciembre de 1825 declaraba la guerra al Gobierno de las Provincias Unidas, que había aceptado la incorporación de la Provincia Oriental decretada por la Asamblea de la Florida.

El Congreso Argentino, por su parte, autorizó al general Las Heras, que ejercía el mando supremo, á contestar al reto lanzado por el Gobierno Imperial, y dispuso

que pasara el Uruguay un cuerpo de ejército al mando del general Martín Rodríguez (enero de 1826).

En febrero del mismo año, el coronel Manuel Oribe, jefe de las tropas que sitiaban á Montevideo, libró un combate en el Pantanoso con una división brasilera, que fué completamente deshecha.

Entre tanto, serias diferencias habían surgido entre los generales Rivera y Lavalleja, distanciando á los dos jefes orientales. El primero se separó del teatro de la lucha, y obedeciendo las órdenes del Gobierno Central y sus propios deseos, se presentó en Buenos Aires.

En agosto se recibió del mando del ejército, el general Carlos María de Alvear, nombrado en sustitución de Rodríguez. El nuevo general se contrajo á organizarlo regularmente, en cuya tarea invirtió varios meses. Con el objeto de hacer la guerra en el territorio enemigo, el general Alvear resolvió invadir la provincia de Río Grande del Sur, á fines del año 1826; y revistando su ejército en el arroyo Grande, se enca-

minó á la frontera, precedido por Lavalleja, que mandaba la vanguardia.

El Emperador del Brasil, Pedro I, quiso informarse del estado de la guerra y se trasladó á la capital de Río Grande, desde donde empezó á dictar sus órdenes para emprender operaciones contra los republicanos, poniendo el ejército imperial bajo el mando del marqués de Barbacena.

Este ejército, formado por tropas veteranas y escogidas, creía seguro el éxito de la campaña; y el marqués de Barbacena, al hacerse cargo de él, lanzó una proclama anunciando que en breve haría tremolar el pabellón auriverde en la misma ciudad de Buenos Aires.

Indeciso aún el resultado de la campaña, y mientras los beligerantes trataban de decidirlo en una batalla campal, las escuadras argentina y brasilera, al mando del almirante Brown y del vicealmirante Lobo, respectivamente, se encontraron en las aguas del Juncal, el 10 de febrero de 1827, siendo batida completamente la armada imperial.

2. — Al hacerse cargo el general Alvear

del mando en jefe del ejército argentino-oriental, concibió, como dejamos dicho, la idea de llevar la guerra al territorio de la provincia de Río Grande.

Divididas sus tropas en tres cuerpos, abrió la campaña en diciembre de 1826, y penetró en territorio brasilero por las nacientes del río Negro, maniobrando con el objeto de impedir la incorporación del marqués de Barbacena y el mariscal Brown, militar alemán al servicio del Gobierno Imperial, que mandaba un cuerpo de ejército.

La vanguardia de Alvear al mando de Lavalleja, se posesionó de la ciudad de Bagé, recogiendo abundante botín de guerra, en tanto que Barbacena realizaba su incorporación con Brown.

Efectuada ésta, el ejército brasilero tomó la ofensiva. Alvear entonces emprendió una retirada con el fin de atraer á los brasileros á un paraje conveniente para desarrollar sus planes de campaña.

Al efecto marchó buscando el río Santa María, afluente del Ibicuí, y se detuvo en el paso del Rosario mientras el ejército

brasilero, que á marchas forzadas seguía al republicano, se encaminaba al mismo punto.

3. — En la mañana del 20 de febrero, el ejército de Barbacena se encontró frente á frente con el de Alvear, que había tomado posiciones á algunos kilómetros del río Santa María, en Ituzaingó, nombre famoso desde entonces en los anales militares de las repúblicas del Plata.

Formaban al frente de los cuerpos del ejército oriental-argentino, muchos de los jefes más ilustres que habían hecho las campañas libertadoras de este continente desde Las Piedras hasta Ayacucho: los generales Soler, Mansilla, Lavalleja y Laguna, los coroneles Brandzen, Paz, Lavalle, Olavarría, Pacheco, Oribe, Zufriategui, Gómez, Garzón, Medina, Alegre, y otros.

El brasilero no sólo estaba formado por las mejores tropas del Imperio, sino también por cuerpos escogidos de alemanes, reclutados en Europa.

El número de los ejércitos estaba más ó menos equilibrado, formando entre los dos

un total de diez y seis mil combatientes, aproximadamente.

La batalla se inició por una brillante carga de Lavalleja; la caballería oriental chocó con la división del mariscal Abreu, que fué deshecha, muriendo este jefe en la acción.

La lucha continuó con varias alternativas durante seis horas, rivalizando en bravura ambos adversarios, y distinguiéndose tanto las tropas orientales como las argentinas en aquella memorable batalla, que fué el último de los grandes combates librados en la guerra por la independencia.

Barbacena, al ver que sus tropas no podían obtener la victoria, ante un enemigo tan tenaz, ordenó la retirada del ejército imperial.

Esta retirada importaba un triunfo material y moral para los patriotas, que quedaron dueños del campo de batalla, saludando la victoria con alegres dianas, mientras algunos escuadrones siguieron las huellas del enemigo, tomándole bagajes y municiones.

La batalla de Ituzaingó había sido precedida por el combate de Vacacay, (1) donde el coronel Juan Lavalle batió al jefe brasilero Bentos Manuel, quien rehecho después de este contraste, volvió á ser batido en el Ombú por el coronel Mansilla, que lo obligó á retirarse definitivamente del teatro de la lucha y á trasponer el Ibicuí.

4. — Las marchas del ejército republicano anteriores á Ituzaingó y la actuación activísima de la caballería en esa jornada, habían postrado las caballadas, de modo que el ejército de Alvear se movía pesadamente. El brasilero, por su parte, iba en retirada, buscando hacia el Este su antiguo centro de operaciones; esta retirada se hacía en buen orden y conservando el ejército vencido el núcleo principal de su poder que era la infantería veterana.

En la imposibilidad de una acción decisiva, Alvear resolvió retirarse, y estableció su cuartel general en el arroyo de

(1) *Vacacay*, no *Bacacay*, como suele escribirse, es una voz guaranítico-castellana, derivada de *vaca*.

los Corrales, actual departamento de Rivera, esperando reponer su caballada y recibir refuerzos de infantería que había pedido á Buenos Aires, con los que contaba abrir su segunda campaña sobre Río Grande. Como éstos demoraran, Alvear se movió nuevamente después de un mes de reposo y penetró en Bagé, donde tuvo aviso de encontrarse en Camacuá una fuerte división brasilera; con una fuerza de caballería al mando de Lavalleja, Zufriategui, Oribe y Pacheco, marchó Alvear y aunque no logró sorprender al enemigo pudo batirlo completamente el 23 de abril.

El combate de Camacuá fué el último de la campaña; ante la imposibilidad en que se encontraba el gobierno de Buenos Aires para mandar los refuerzos pedidos y habiendo fracasado las tentativas hechas en la Provincia Oriental para auxiliar eficazmente al ejército republicano, resolvió Alvear desistir de nuevas operaciones y se retiró á Cerro Largo, donde estableció á mediados de junio, su campamento definitivo, enviando al mismo tiempo su renuncia de general en jefe.

Casi al mismo tiempo que estos sucesos se producían, el comisionado Manuel José García, que el Gobierno de Buenos Aires había mandado á Río Janeiro para tratar la paz, suscribía un tratado por el cual reconocía la incorporación de la Provincia Oriental al Imperio del Brasil. Este tratado fué rechazado por el Gobierno de Buenos Aires, ante la presión de la opinión pública, declarando que el comisionado se había excedido y fué una de las causas determinantes de la caída de Rivadavia que desempeñaba la Presidencia Argentina, siendo reemplazado por Dorrego.

Dorrego aceptó la renuncia de Alvear y nombró á Lavalleja para reemplazarlo en el mando en jefe del ejército, acampado en Cerro Largo. Al mismo tiempo trató de activar el envío de contingentes para reforzarlo, pero el estado de anarquía en que se encontraban las provincias argentinas imposibilitó ese propósito.

5. — Mientras los ejércitos en campaña realizaban sus operaciones, la Legislatura oriental y el Gobernador Delegado don Joaquín Suárez, trabajaban activamente

por organizar la administración de la Provincia en todos sus ramos, promoviendo y llevando á la práctica reformas de importancia, y así el año 1827, que en su última mitad fué de paralización del punto de vista militar, fué en cambio de actividad gubernativa que se hizo sentir beneficiosamente en todo el territorio donde dominaban las tropas de la patria.

Entre las reformas realizadas por la Legislatura, de acuerdo con el benemérito Suárez, se cuentan las medidas adoptadas para garantir la seguridad de los vecinos y el respeto á la propiedad, persiguiendo á los malhechores que abundaban en el país debido al estado de guerra en que se encontraba; el derecho de locomoción; se trató de regularizar la propiedad rural estableciendo escribanos públicos en los principales pueblos; se organizó el Poder Judicial constituyendo el Tribunal de Apelaciones y nombrando jueces letrados en los Departamentos de Maldonado, Soriano, Colonia, Paysandú y Durazno; se creó la Fiscalía de lo Civil; se mandaron abrir escuelas primarias en los centros de pobla-

ción; se acordó la creación de la Escuela Normal; se legisló sobre policías y cárceles; se decretó la cesación de los Cabildos desde enero de 1827; se reglamentaron las atribuciones de los jueces de paz y se fijó finalmente el primer presupuesto para ese año, que ascendió á la suma de 138.000 pesos.

Igualmente se elevó á cuarenta el número de diputados y se dividió la Provincia en los nueve Departamentos siguientes: Montevideo, Canelones, San José, Colonia, Soriano, Cerro Largo, Entre Yi y río Negro (Durazno), Maldonado y Paysandú; los ocho primeros al Sur, y el último comprendía todo el Norte del río Negro.

CAPÍTULO XVI

SUMARIO: 1. Disolución de la Asamblea y cese del Gobernador Delegado. — 2. Nueva campaña sobre Río Grande. — 3. Rivera en Buenos Aires y Santa Fé. — Estado de la Guerra en 1828. — Se reanudan las negociaciones de paz. — 4. Campaña de Misiones. — Su influencia en las negociaciones de paz. — La Convención Preliminar. — 5. Actitud de Rivera.

1. — La sede del Gobierno había sido trasladada sucesivamente de Florida á San José y por último á Canelones; estos frecuentes cambios respondían á las conveniencias del momento y al estado de las operaciones militares.

Un acontecimiento gravísimo sucedió á fines de 1827 (mes de octubre). Lavalleja, que se había sindicado por sus desmanes con dos miembros del Tribunal de Apelaciones á quienes aprehendió y desterró arbitrariamente, á pesar de las protestas del Gobernador Delegado y de la Legislatura, promovió en el Durazno una reunión de jefes militares, que acordaron la cesación

de aquellas autoridades, invistiendo á Lavalleja con el cargo de Dictador hasta tanto se convocara al pueblo á elecciones para reemplazar á la Asamblea disuelta. — El director de este movimiento subversivo, en el que tomaron parte los principales jefes del ejército, fué el general Julián Laguna y el encargado para trasladarse á Canelones á dar cumplimento á tan incalificable atentado, fué el coronel Manuel Oribe.

La Asamblea legislativa se disolvió, cediendo á la presión de la fuerza y protestando de la arbitrariedad, y don Joaquín Suárez se retiró á su hogar. — Lavalleja asumió la dictadura, que conservó hasta la realización de la paz y la constitución del nuevo Gobierno, estableciendo su residencia en el Durazno. — Este atentado enajenó muchas simpatías al Jefe de la Cruzada, y fué quizás una de las causas determinantes para que la Asamblea de 1830, donde se encontraban muchos de los ex-miembros de la del año 27, no lo votara para la primera Presidencia Constitucional del Estado.

2. — Á principios de 1828, Lavalleja resolvió abrir una nueva campaña sobre

la Provincia de Río Grande, y delegando el mando en don Luis Eduardo Pérez, se puso al frente del ejército, invadiendo aquella provincia limítrofe; Lecor que había sustituído á Barbacena en el mando del ejército brasilero, al sentir la aproximación de los republicanos evitó el combate á que lo provocaba su contrario, y á pesar de contar con fuerzas suficientes, se retiró hacia el Este, dejando á Lavalleja dueño de una gran parte de la Provincia.

3. — La separación de Rivera de las filas del ejército en operaciones, fué mirada con desagrado por varios jefes de significación, vinculados personalmente al caudillo, y á la vez que se producía la deserción en las filas de algunas divisiones, se operó un movimiento revolucionario, movimiento que fué sofocado con la prisión de Bernabé Rivera, hermano del general, y cabeza visible de la revolución. La noticia de las desavenencias entre los orientales, llegaron hasta Buenos Aires, aumentadas en contra de Rivera, atribuyéndose aquéllas á un plan de contrarevolución en combinación con los ríograndenses limítrofes. El gobierno ar-

gentino, dando oídos á estas noticias, ordenó la prisión y enjuiciamiento de Rivera, que se hallaba en Buenos Aires, pero éste, advertido á tiempo, logró burlar á sus enemigos y huyó á Santa Fé, donde se puso bajo la protección del Gobernador López, antiguo aliado de Artigas y que sentía simpatías por los orientales.

Mientras tanto se produjeron cambios en el gobierno de Buenos Aires; las campañas del ejército republicano; los sucesos en la Provincia Oriental que dejamos narrados; y la estadía del ejército de operaciones en Cerro Largo, imposibilitado de moverse para una acción decisiva por falta de elementos suficientes; así como la nueva invasión realizada por Lavalleja, que no obtuvo más resultado que la reconcentración de Lecor á la capital de Río Grande y la arreada de ganado del territorio invadido.

Bajo tales auspicios empezaba el año 28; la guerra podía considerarse concluída de hecho, por la inacción é impotencia de ambos beligerantes; el Gobierno de Buenos

Aires, después del fracaso de la misión García, había tratado de reanudar las negociaciones pacíficas, contando con la mediación del representante diplomático de la Gran Bretaña en la corte de Río Janeiro, y las negociaciones iban retardándose por la repugnancia de don Pedro I, que tenía poca fe en el resultado, puesto que la desavenencia fundamental consistía en la suerte de la Provincia Cisplatina, que ambas partes querían conservar como cosa propia y de la que ninguna se quería desprender.

4. — En tales circunstancias un suceso extraordinario vino á modificar la situación; el general Rivera, á quien se suponía política y militarmente anulado, aparecía en escena, para realizar una empresa que sería de resultados decisivos: la conquista de las Misiones.

El territorio de las antiguas Misiones jesuíticas del Uruguay, que con Andresito y otros caudillos ayudara eficazmente á Artigas en contra de los portugueses, había llamado de tiempo atrás la atención del gobierno argentino, conociendo el espíritu hostil de sus habitantes hacia los brasi-

leros, y la escasa guarnición que lo ocupaba, así es que se había pensado invadirlo; pero la falta de elementos impidió realizar el pensamiento. El proscripto Rivera también se había ofrecido para la empresa, sin que su ofrecimiento fuera aceptado.

Fué entonces que el caudillo oriental se decidió á realizarla por su cuenta. Auxiliado por el Gobernador de Santa Fé, y contando con su propia y valiosa influencia en la Provincia Oriental, abandonó su asilo y se lanzó á la campaña que había de ser decisiva en pro de los intereses nacionales. Al frente de un pequeño grupo de parciales, que en seguida se vió aumentado, pisó tierra en el suelo natal, en marzo de 1828, desembarcando en las inmediaciones de Soriano; acto continuo se dirigió por nota al Gobernador Delegado don Luis Eduardo Pérez, que se hallaba en el Durazno, y á Lavalleja, que se encontraba en el ejército de operaciones, anunciando á uno y otro su propósito de conquistar las Misiones y poniéndose á las órdenes de las autoridades de la Provincia.

Engrosadas sus filas, se acercó al Du-

razno y desde allí, con esa movilidad extraordinaria que ponía en práctica cuando las circunstancias lo exigían, atravesó la campaña y se internó en el territorio enemigo. No había finalizado el mes de abril, cuando, después de vadear el caudaloso Ibicuí y batir las divisiones imperiales que le salieron á su encuentro, era dueño del extenso territorio de las Misiones.

Lavalleja al tener conocimiento de la entrada de Rivera al territorio oriental, mandó en su seguimiento al coronel Manuel Oribe, quien á pesar de la tenacidad y empeño que puso en alcanzarlo, no pudo conseguir su objeto y vió impotente cómo su futuro rival atravesaba el Ibicuí y seguía su campaña triunfal.

Desde el territorio conquistado, Rivera se dirigió al Gobierno de Buenos Aires noticiándole sus victorias y acompañándole algunos trofeos arrancados al enemigo. Los primeros chasques cayeron en poder de Oribe, quien rompiendo las comunicaciones, fusiló á sus portadores; pero los segundos llegaron á Buenos Aires. — La noticia de la conquista de las Misiones fué

ruidosamente celebrada en esa ciudad; y con el objeto de asegurar el éxito, se enviaron recursos y elementos de guerra á Rivera, cuya reputación se afianzó.

En pacífica posesión de su conquista, se dedicó á organizar sus tropas para estar pronto en caso de cualquiera eventualidad, y con ellas formó el ejército que llamó *del Norte*, fuerte por su número, disciplina y entusiasmo.

Coincidiendo con estos sucesos, se tramitaban ante la Corte de Río Janeiro las negociaciones de paz que el Gobierno argentino había entablado, con la mediación del representante de la Gran Bretaña.

Todas las dificultades para llegar á la cesación de la lucha, se encontraban en la suerte que cabría á la Provincia Oriental, que ambos beligerantes querían incorporar á sus dominios, á pesar de que las rivalidades de Montevideo y Buenos Aires durante el coloniaje, y la política intrusa de los gobiernos porteños durante la revolución, así como la antipatía con que siempre fueron mirados los portugueses y los brasileros en el territorio oriental, habían

preparado la separación absoluta de la Provincia.

El Emperador del Brasil estaba también bajo la impresión de que las desavenencias entre Lavalleja y Rivera harían desaparecer en breve el ejército republicano, según se lo comunicaban las noticias de la Cisplatina, así es que no quería desprenderse de un territorio tan ambicionado.

En este estado se encontraban los ánimos en la Corte, cuando llegó á Río Janeiro la noticia de la ocupación de las Misiones y del avance triunfal de Rivera en la Provincia de Río Grande.

El Emperador reunió en seguida á sus consejeros y les dijo: «Con otra nueva discordia de los jefes orientales, se vienen hasta Puerto Alegre. Es necesario hacer la paz.»

El 27 de agosto de 1828 se firmó la Convención Preliminar de Paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, con la mediación amistosa de la Gran Bretaña, convención que fué ratificada en Montevideo el 4 de octubre siguiente y por

la cual se declaraba la absoluta independencia del territorio oriental.

5.—Esta nueva fué comunicada al general Rivera por las autoridades argentinas, ordenándosele que evacuara el territorio brasilero y pasara al de Corrientes.

El general Rivera, se negó á semejante exigencia, declarando que habiéndose segregado la Provincia Oriental de la Unión Argentina, el Ejército del Norte pertenecía desde ese momento á la nueva nación, pues la independencia oriental había sido el principal móvil de la invasión á las Misiones.

Al mismo tiempo enviaba un comisionado á la Asamblea Legislativa y Constituyente del Estado, que había comenzado á funcionar en San José, con el encargo de poner su espada y el Ejército del Norte á disposición de ese Cuerpo, mientras él se ocupaba de evacuar las Misiones, y, seguido de numerosas familias misioneras, y con abundante botín de guerra, se encaminó á la costa del Ibicuí, donde acampó. El general Rivera entendía que los límites de la nueva nación arrancaban del Ibicuí,

así es que se negó á retirarse de ese paraje, á pesar de las intimaciones de los brasileros, quienes pretendían establecer los límites en el Arapey.

El general Barreto, comisionado por el Gobierno Imperial para obtener la desocupación de las Misiones, amenazaba con apelar á las armas si Rivera no se retiraba; pero éste, firme en sus ideas, permanecía acampado sobre el Ibicuí.

Por último, se convino entre ambos generales que se nombrarían árbitros por cada parte para resolver pacíficamente la cuestión.

Estos comisionados celebraron un tratado por el cual se señalaba como límite definitivo el río Cuarein, término medio entre el Ibicuí y el Arapey.

Este singular tratado, — conocido con el nombre de Convención de Ibebeambé, nombre del arroyo á cuyas orillas se realizó, — hecho entre dos generales que no tenían la representación legítima de sus respectivos países, rigió sin embargo hasta 1851 y nos dió la soberanía sobre una extensa región que pretendían arrebatarnos los brasileros

desde 1819, como se ha visto en un capítulo anterior.

Rivera, con las numerosas familias y el ganado que conducía, emprendió en seguida su retirada, viniendo á establecerse sobre la margen izquierda del Cuarein en la confluencia de este río con el Uruguay, donde fundó la colonia Bella Unión, que tuvo efímera vida, pues los indígenas que la constituían se sublevaron pocos años después, abandonando el paraje, donde con el correr del tiempo, se creó, en época más cercana, el pueblo de Santa Rosa.

CAPÍTULO XVII

SUMARIO: 1. La Asamblea Constituyente. Nombramiento de Gobernador Provisorio. — 2. Tarea Legislativa de la Constituyente.—Discusión de la Constitución. — 3. Lucha entre lavallejistas y riveristas. —Renuncia de Rondeau.—Nombramiento de Lavalleja.— Desavenencias entre los caudillos. — Acuerdo de Rivera y Lavalleja. — 4. Jura de la Constitución. — 5. El régimen republicano adoptado por la Constituyente, su origen histórico y sus ventajas.

1. — Lavalleja, que ejercía el mando supremo en la Provincia Oriental desde los sucesos de octubre del año 27, en conocimiento de las negociaciones que se seguían en la corte brasilera, quiso encarrilar al país por las vías de la legalidad, y al efecto comunicó al Gobernador Delegado las instrucciones para que se procediera á verificar elecciones de Representantes que debían reemplazar á los de la Asamblea disuelta por la fuerza.

Las elecciones se realizaron en agosto del 28; pero los ciudadanos electos no se reunieron hasta después de verificada la

paz, que convertía en nación soberana la antigua Provincia Oriental.

El 24 de noviembre se instaló en la entonces villa de San José, la nueva legislatura, que tomó el nombre de *Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado*, designando para presidirla al ciudadano don Silvestre Blanco, quien al declarar constituído el cuerpo soberano dijo una alocución «recordando el período de 18 años de nuestra revolución política, *los esfuerzos heroicos de nuestros guerreros, por los cuales habíamos logrado conseguir una paz honrosa,* y la necesidad de contraerse con asiduidad á sacar las ventajas que ella proporciona.»

Un grave problema se presentó desde luego á la consideración de la nueva Asamblea: el nombramiento de Gobernador Provisorio que debía durar hasta la sanción y juramento de la Constitución. Varios candidatos se presentaron en escena, entre ellos los generales Lavalleja y Rivera, que contaban con simpatías en unos miembros mientras eran repudiados por otros; la elección de cualquiera de ellos era mirada

como base de futuros conflictos, y en tal emergencia, la Asamblea acordó nombrar para tan alto como difícil cargo al general don José Rondeau, que á pesar de no haber nacido en el país, estaba fuertemente vinculado á él por inolvidables servicios; siendo designado como su sustituto don Joaquín Suárez, ciudadano cuya virtud era universalmente apreciada entre sus compatriotas.

Resuelto tan arduo problema, la Asamblea trasladó la sede del Gobierno á Canelones, donde Rondeau tomó posesión de su alto empleo en los últimos días de diciembre, organizando acto continuo, su gabinete con los ciudadanos Juan Francisco Giró para Gobierno y Relaciones Exteriores y el coronel Eugenio Garzón para Guerra.

2. — La Asamblea nombró de su seno una Comisión Legislativa Constitucional, encargada de redactar nuestro código político y otra de Hacienda para proponer las medidas conducentes para regularizar las finanzas públicas.

Se sancionó el primer pabellón nacional,

blanco con nueve listas azul celeste horizontales y alternadas y un sol en el ángulo superior, pabellón que fué izado solemnemente por el Gobernador Delegado. Al mismo tiempo se decretó la escarapela nacional que sería azul celeste.

El mismo Cuerpo soberano, tomando en consideración las manifestaciones de acatamiento del general Rivera á los poderes constituídos, acordó reconocer al Ejército del Norte, que mandaba este «benemérito general,» como perteneciente al Estado, é incorporados como tales los jefes, oficiales y tropa que lo formaban.

En enero de 1829 la Asamblea Constituyente, en su tarea de organizar la administración pública, dictó una ley creando tres oficinas generales para la administración, recaudación y conservación de las rentas nacionales, á saber: una Contaduría para liquidar todas las acciones activas y pasivas y que interviniera en todas las entradas y salidas del tesoro; que arreglara y metodizara el establecimiento y cobranza de los impuestos. Una Receptoría para re-

caudar todos los impuestos y una Tesorería para conservar el Tesoro público.

En febrero se trasladó á la Aguada y el 28 de abril empezó á funcionar en Montevideo, por haber sido totalmente desalojado el territorio nacional por las tropas extranjeras, y el 1.º de mayo entró á Montevideo el general Rondeau, quedando instalados desde ese día en la capital del nuevo Estado, los poderes constituídos.

En la sesión del 6 de mayo de 1829, abordó la Asamblea Constituyente la discusión general del Proyecto de Constitución presentado por el Presidente de la Comisión especial, doctor José Ellauri, quien en un conceptuoso discurso, explicó los fundamentos del nuevo Código político. Discutido en particular con la detención necesaria, fué sancionado definitivamente en la sesión del 10 de septiembre del mismo año y firmado por todos los miembros presentes á tan solemne acto.

3.—Mientras la Asamblea Constituyente estaba empeñada en su meritoria obra de organizar el país, á cuyo efecto dictó todas las leyes pertinentes á tan alto fin, alre-

dedor del gobierno del general Rondeau se agitaban los intereses personales de los caudillos que aspiraban á la futura Presidencia de la República: estos eran los generales Rivera y Lavalleja. Rondeau, hombre de carácter templado, que deseaba responder dignamente á la confianza que en él se había depositado, trataba de aplacar las ambiciones de aquéllos, llamándolos á su lado y confiándoles cargos de responsabilidad. — Sin embargo, el partido lavallejista era francamente contrario al Gobernador del Estado, — quien á parte de su imparcialidad en el desempeño de sus funciones, simpatizaba en el fondo con el caudillo conquistador de las Misiones; — así es que no perdía ocasión para obstaculizar la marcha del gobierno.

Por último, una orden de Rondeau movilizando una parte de la guarnición de la capital, promovió en la Asamblea una interpelación á los ministros, iniciada por los lavallejistas. El Ministerio en conocimiento de ese hecho, renunció en masa y Rondeau se dirigió á la Asamblea comunicando el suceso y anunciando que antes de ver me-

noscabada su autoridad, — pues la movilización de tropas era de su incumbencia — prefería devolver la investidura de Gobernador.

La Asamblea aceptó la renuncia condicional de Rondeau y encargó de las funciones de Gobernador interino al general Lavalleja, que desempeñaba las de jefe del Estado Mayor del Ejército, confirmándolo el 17 de abril de 1830 en el cargo de Gobernador Provisorio, á pesar de la protesta que elevó Rondeau y que se consideró anárquica por el Cuerpo Legislativo.

Rivera, que al ocurrir estos sucesos se hallaba en la campaña, en el desempeño de su empleo de Comandante General, miró con desagrado el entronizamiento de su rival y empezó á rodearse de elementos para contrarrestar su influencia. Lavalleja, por su parte, apeló á medidas violentas, destituyendo á Rivera de su empleo y declarándolo rebelde.

Entre tanto se acercaba la época de la jura de la Constitución y se temía que un conflicto sangriento malograra los esfuerzos de los hombres patriotas, obligando á

los signatarios del tratado de paz á intervenir en nuestros asuntos internos. Felizmente la mediación amigable de ciudadanos neutrales y de respetabilidad, evitó el conflicto, logrando que los generales Lavelleja y Rivera llegaran á un acuerdo, que se verificó en la segunda quincena de junio, volviendo Rivera al mando superior de las tropas de línea hasta la formación del gobierno constitucional, reconociendo la posesión del mando que ejercía Lavalleja.

De este modo terminaron pacíficamente los conflictos que amenazaban la paz pública durante el gobierno provisional, y los partidos se contrajeron á luchar en las elecciones y dentro de la nueva Asamblea que debía ser elegida después de jurada la Constitución.

4. — La Constituyente lanzó un manifiesto lleno de consejos y dispuso la solemne ceremonia de la jura de la Constitución, designando para acto tan trascendente el 18 de julio de 1830.

Un escritor de la época describe así el aspecto de Montevideo la víspera del 18 de

julio de 1830: «Las campanas de las torres murmuraban ese lenguaje festivo que á lo lejos se asemeja al alborozo de un gran pueblo: las banderas nacionales ondeaban ufanas en las azoteas, balcones, fachadas y torres de la ciudad, y en la fortaleza y mástiles de los bajeles que se mecían en el puerto: el estampido del cañón se perdía en la planicie del abra por donde se escondía fulgurante el disco del sol: los voladores tronaban en el aire; la tropa nacional vestía de gala; los ciudadanos cruzaban las calles, dándose las manos y despidiéndose hasta el día siguiente en las casas consistoriales y en la catedral: el mundo oficial se agitaba en los salones de la casa de gobierno y daba con su entusiasmo animación al pueblo: las mansiones de los ciudadanos comenzaban á iluminarse; las músicas marciales recorrían las calles, y los vivas del pueblo, que las acompañaba en su correría patriótica, cubrían sus bélicos y festivos sonidos; por fin, el pueblo oriental se preparaba para entrar en una nueva era, creyendo que la jura de la Constitución sería el vestíbulo de su futura grandeza.»

Bajo tan felices augurios se procedió el 18 de julio de 1830 al solemne juramento de la Constitución, desde cuyo día data la existencia política de la República Oriental del Uruguay.

Dentro de su territorio tenía la nueva República, unos 70.000 habitantes, y sus rentas apenas alcanzaban á 600.000 pesos anuales, aproximadamente.

Montevideo, su ciudad capital, encerrada dentro del perímetro de sus antiguas murallas y su ciudadela, era una población naciente, con escaso comercio, edificación modesta, y reducidos centros de cultura social é intelectual. Las ciudades y pueblos del litoral é interior, pobres aldeas que las guerras recientes habían arruinado. En la extensa campaña, famosa en otra época por la extraordinaria cantidad de ganado que la poblaba, reinaba la mayor pobreza, pues su gran riqueza ganadera había sido casi totalmente arruinada por el cruce continuo de los ejércitos y la extracción clandestina realizada por los brasileros limítrofes.

Sin embargo, los orientales, que tantas muestras de bravura habían dado por conseguir su independencia, se sentían alborozados al ver por fin libre, aunque pobre. á su tierra natal.

El territorio estaba dividido en los nueve departamentos siguientes: Montevideo, Canelones, Maldonado, Colonia, San José, Soriano, Cerro Largo, Entre Yi y río Negro, y Paysandú.

San José comprendía los actuales departamentos de San José, Flores y Florida; Maldonado el de este nombre, Rocha y Minas; Cerro Largo, éste y el de Treinta y Tres; y Paysandú, todo el norte del río Negro.

5. — La Asamblea Constituyente había adoptado la forma republicana, no sólo siguiendo el ejemplo de los demás pueblos de América, sino también porque ese sistema de gobierno respondía á los ideales por los que había luchado el pueblo oriental, dirigido por el general Artigas, quien, como hemos visto en capítulos anteriores, fué el portaestandarte de las ideas republicanas en ambas márgenes del Plata, en oposición con

las de la mayoría de los prohombres de la revolución de Mayo, que acariciaban como ideal de gobierno para las colonias libertadas, la forma monárquica, que rechazaban los pueblos porque representaba un pasado de opresión y de servidumbre.

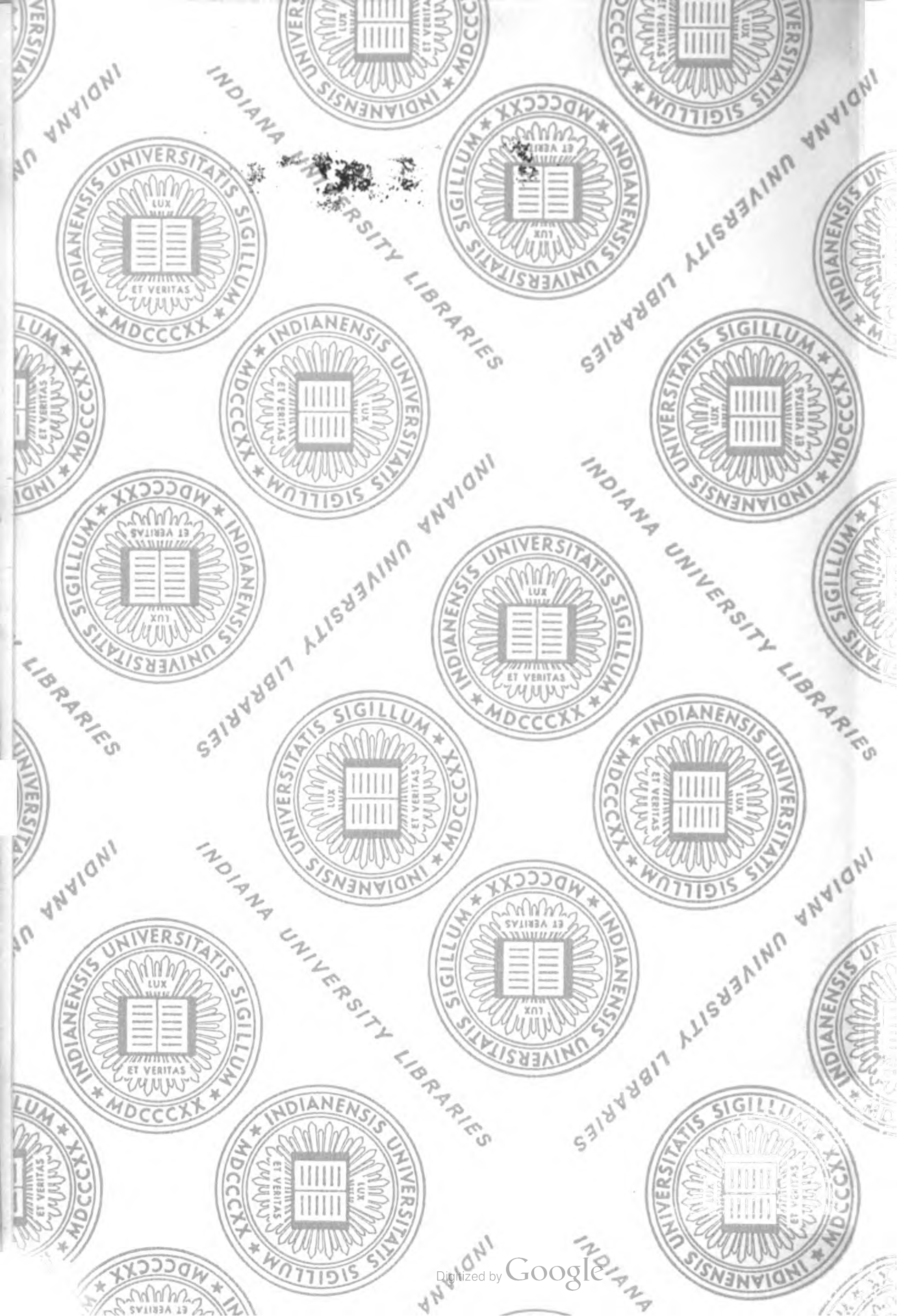
«La forma de Gobierno republicano representativo, que ha sido sancionada, — decía la Asamblea Constituyente en su manifiesto al pueblo, al presentarle la nueva Constitución, — no sólo es conforme al espíritu público del país, á los principios proclamados desde la revolución de América, y á los de casi todos sus habitantes, sino también el más propio para alcanzar esa libertad, que tanta sangre y tantos sacrificios cuesta á los orientales.»

El gobierno republicano es el mejor, porque, como dice un autor nacional, «el pueblo que vive en la república tiene en su mano el medio de ser dichoso, eligiendo á gobernantes honrados y leales; al pueblo le conviene más la república que la monarquía, porque en aquélla el gobierno es un *negocio del pueblo*, mientras que en ésta es un negocio del rey.»

En la monarquía el rey es el soberano; en la república el soberano es el pueblo. En la monarquía una familia especial tiene el derecho de dirigir los destinos de todos; en la república todos los ciudadanos honestos é instruídos son aptos para regir los destinos del pueblo. En la monarquía hay personas que nacen con títulos de nobleza, que les dan honores y privilegios; en la república no hay más distinciones que las que se adquieren por el talento y por la virtud, y todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

ÍNDICE

Págs.


INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM
LUX ET VERITAS
MDCCCXX


ALF Collections Vault
3 0000 120 273 283